

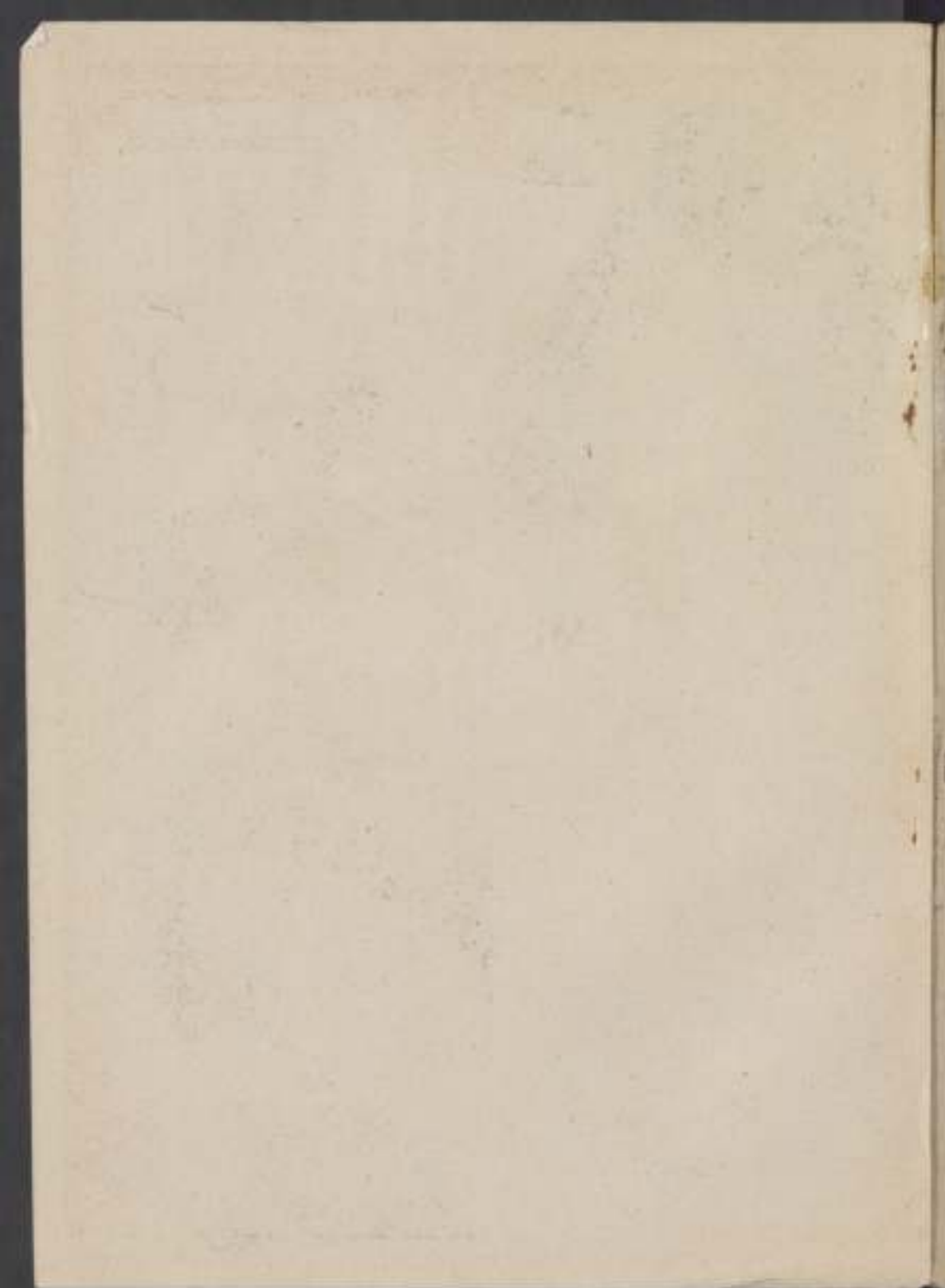
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS, serie especial

Editorial **ALAS**

MUJERES



Joan FONTAINE ★
★ Norma SHEARER
Joan CRAWFORD ★
★ Paulette GODDARD
Rosalind RUSSELL ★





MUJERES

UNIVERSITY MICROFILMS
SERIALS ACQUISITION
300 N. ZEEB RD.
ANN ARBOR MI 48106-1500

MUJERES

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfonos 70657
Valencia, 334 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTA: Sociedad General Española de Librería
Barbarrá, 16, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL

"BIBLIOTECA FILMS"

AÑO XXV

SERIE ESPECIAL
NUM. 130

NUM. 279

MUJERES

El grupo de mujeres que se presenta en esta película consiste en tristes ejemplares de lo que debe ser la compañera del hombre. No se podría decir que son figuras falsas del todo; pero sí algo exageradas. El autor del argumento se ha ensañado con ellas y ha ofrecido a la vindicta pública a las reinas americanas de la chismografía, habiendo aprovechado la coyuntura para poner en ridículo a las divorciadas y al mismo tiempo divertir al público. -:-

PROCINES Producción Cinematográfica Española, S. A.

MADRID

Avda. José Antonio, 60

BARCELONA

Rambla Cataluña, 12

PRINCIPALES INTERPRETES

Norma Shearer
Joan Crawford
Rosalind Russell
Joan Fontaine
Paulette Goddard
Virginia Weidler
Mary Boland
Marjorie Main

Director:
George Cukor

Narración literaria por
Marcos Estrada

EN EL SALON DE BELLEZA

El lector debe prepararse para seguir las aventuras de unas damas americanas, gentes de dinero, que viven bien, gastan y derrochan, que no tienen tiempo para nada porque el de que disponen lo pierden miserablemente en salones de belleza, clubs nocturnos, obsequiando con comidas a los que llaman sus amigos, que en cuanto pueden, hacen trizas de su reputación, y cuya ocupación principal es entrometerse en las vidas ajenas para regodearse con los escándalos que inevitablemente han de producirse entre gentes que llevan una vida tan absurda.

La señora Van Adams, mujer joven, elegantemente vestida, se encaminaba hacia el salón de belleza llevando sujeta por una correa a una perrita de raza, que andaba con la misma presunción que su ama. En la misma acera, pero en dirección opuesta, venía otra señora con otro perro, también sujeto por una correa. Al cruzarse, señoras y perros cambiaron una mirada de hostilidad. Los animalitos, no satisfechos con la mirada, pararon en seco, indiferentes a la sacudida que habían dado sus respectivas dueñas y empezaron una murmuración perruna en tono bajo, que fué subiendo hasta llegar a los más horribles ladridos e intentos de mordisco. Las damas luchaban con todas sus fuerzas para que los dos perros no llegaran a cogerse; pero el de clase más inferior ganó terreno y con la boca abierta, como si

quisiera tragarse al chucho de la señora Van Adams, dió un brinco que hubiese sido fatal para la perrita si su ama, con valentía extraordinaria, no se hubiese abalanzado para cogerla en sus brazos y librarla definitivamente del agresor. Las dos señoras cambiaron unas pocas palabras desagradables y la señora Van Adams, después de este incidente, consideró indispensable llevar a la perrita a la peluquería de perros para que la arreglaran y computieran de nuevo.

El local destinado al aseo y embellecimiento de los perros rivalizaba en lujo con cualquier establecimiento semejante dedicado a seres humanos, y las empleadas que cuidaban de los falderos neoyorquinos eran tan bonitas y graciosas como las de un salón de belleza.

Entró en la peluquería canina la señora Van Adams con la perrita en brazos a la que dedicaba las más cariñosas palabras.

—¡Oh! Aquel terrible monstruo quiso pelear con el bebé de mamita...

—¡Pobre amor mío! —exclamó la desconsolada dama mientras entregaba la perrita a una empleada, que lo recibía cariñosamente.

—Desde luego, eres buena y simpática —dijo la chica—, pero necesitas que te perfumemos un poco el aliento.

—Olive —dijo la señora Van Adams—, ¿no cree usted que las mujeres deberían dejar esa clase de animales en casa? ¡Qué asco!

Olive sonrió sin contestar.

—¡Ah! Mi pobrecita «Lillikins» es distinta. Es la perrita bonita de mamita. Mire, Olive, aquí le dejo su agua para beber —explicó la dama mientras sacaba del bolso una botella, no muy grande, llena de agua.

—Bien, señora, pero ya sabe usted que nunca bebe aquí.

—Sí, sí, ya lo sé, pero algún día querrá beber y es mejor que la tenga. Si se pusiera nerviosa aviseme, me voy a la peluquería yo también. Su mamita va a ponerse preciosa sólo para jugar con su pequeña «Lillikins» —iba diciendo la señora Van Adams despidiéndose del perro.

Por una puerta desapareció la señora Van Adams, segura de haber dejado a «Lillikins» en buenas manos, disponiéndose ella a peinarse y arreglarse en otra dependencia.

La parte de salón de belleza, centro de reunión de todas las mujeres ricas de Nueva York, deslumbraba por su lujosa instalación.

Sylvia Fowler era una casada joven que se alimentaba más contando chismes e historias, de una casa a otra, que comiendo. Para la cena que aquella noche Mary Haines y su esposo ofrecían a un grupo de amigas, Sylvia creyó necesario arreglarse más que de costumbre, y había acudido a la peluquería para que le marcaran las ondas. Se encontraba sufriendo la tortura del casco, mientras la manicura le arreglaba las uñas. La manicura consideraba parte de su obligación enterar a sus clientes de cuantas historias conocía y, a decir verdad, Olga, éste era su nombre, estaba al corriente de muchos dramas o comedias que tenían lugar entre la clientela. Charlatana infatigable, no cesaba de hablar mientras iba cortando pieles, limando uñas y barnizándolas.

—Es el color de moda, señora Fowler.

—¿Qué? —preguntaba Sylvia desde debajo del casco que la privaba de oír.

—Que es lo más nuevo. Rojo, jungla.

Por más que se esforzaba, Sylvia apenas oía una palabra.

La otra estaba empeñada en hacer llegar una noticia interesante a oídos de la señora Fowler.

—Sí... es una de las chicas más vistosas que andan por ahí... y él se llama Haines.

Sylvia cogió el nombre y, apartando un poco la cabeza del casco, preguntó:

—¿Qué? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Haines.

—¿Jué? ¿Cómo lo sabe? ¿Cuándo se ha enterado?

Ya estaba en marcha la bola. Esto era lo que quería la manicura.

—Hace un par de semanas pasé por donde vive Cristal, para saludarla... y la patrona me dijo que se había mudado a una

casa donde pudiera recibir a su amigo. «¿Qué amigo?», le pregunté yo.

—Apague el casto; apáguelo, no puedo oír una palabra —exclamó Sylvia nerviosa, intrigada ya por lo que acababa de decir la manicura—. Sáqueme de aquí, he de marcharme en seguida.

—Cuidado con el barniz de las uñas, señora Fowler—aconsejó la manicura viendo que su cliente ya no se acordaba de que acababa de pintárselas.

El arreglo de Sylvia Fowler terminó rápidamente y, saliendo del salón de belleza, se dirigió al primer teléfono público que encontró. Con la misma nerviosidad con que había abandonado la peluquería, marcó un número que sonó en casa de su amiga Edith, la madrecita, según la llamaban todas sus amigas, porque tenía ya siete niñas y quién sabe si todavía tendría más.

Edith vivía lujosamente, aun cuando su casa parecía un pensionado o una clínica infantil, pues no se veían más que niñas y niñeras. Una de las mayorcitas se divertía haciendo subir y bajar el ascensor interior. Cuando Edith acudió al teléfono, se abrió la puerta del ascensor y la niña gritó:

—¡Soy el ascensorista...!

—Nena, por favor, no asustes a mamá, ¿no ves que estoy hablando por teléfono? Idos, pequeñas, idos...

Desaparecieron la del ascensor y las dos que jugaban por el corredor, cuando de una habitación salió un cochecito con dos gemelas.

—¡Qué monada! —exclamó la madre, olvidando la comunicación telefónica—. ¿Está segura de que van bastante abrigadas? —preguntó a la niñera.

—¡Edith, Edith! —gritaba Sylvia desde el otro extremo de la línea.

—Sí, sí, di.

—Prepárate para un susto. Creo que te morirás. ¿Sabes que Stephan Haines ha dejado plantada a Mary?

—¿Qué? —preguntó horrorizada Edith.

Nuevamente se abrió la puerta del ascensor y la niña gritó:

—¡Todos a bordo para la planta baja!

—Sí, hijas, idos todas de una vez, que mamá tiene que hablar. Por favor, marchaos de aquí, niñas.

Concediendo de nuevo atención al teléfono, Edith preguntó:

—Pero, Sylvia querida, ¿quién te lo ha dicho?

Sylvia, cuyo semblante era todo expresión, continuó explicándose a través del aparato.

—Verás, la manicura me ha informado. La manicura es una chica preciosa, me ha dicho: «estoy enterada de algo de la riquísima señora Haines».

—¡Oh, Sylvia! —suspiró Edith cuyo temperamento de madre se horrorizaba ante la desertión de un marido—. Si Mary llega a enterarse... ¡Sería algo terrible!

—¡Sería algo de miedo!

—Pero, mujer... Precisamente hoy que comemos con ellos. Desde luego es una tragedia. Comer en su mesa sabiendo que su marido... Sylvia, estaré impaciente hasta que me entere de todos los detalles, pero tengo que ir a casa de este antipático médico. Ya sabes, la consulta corriente. Bueno, adiós, querida.

Apenas había colgado el auricular de su conferencia con Sylvia, la madrecita hizo otra llamada.

—Oiga, oiga, aquí la señora Edith Potter al habla. Haga el favor de decir a la señora Haines que no retrase la comida por mí. Dígale que tengo que ir a casa del médico, pero que iré tan pronto como termine.

La que tomaba el recado era la camarera de Mary Haines.

—La señora ha salido a caballo con su hijita Mary y se lo diré en cuanto regresen.

La casa de los Haines era otro lujoso palacete que daba a entender que sus propietarios nadaban en la abundancia.

Mary Haines, a la que sus amigas habían estado compadeciendo por una supuesta desertión del marido, era una mujer joven y hermosa que adoraba a su esposo Stephan Haines. Este matrimonio tenía una sola hija, una niña de unos ocho años que completaba la felicidad del hogar. La madre, muy buena amazona gracias a las lecciones que le diera Stephan, había querido que la pequeña Mary practicara también el deporte hipico y resul-

taba gracioso: ver a las dos galopando por el parque con una maestría que obligaba a los transeúntes a volver la cabeza para admirar a aquellas amazonas. Una, joven y elegante; la otra no era más que una chiquilla, pero demostraba el mismo buen estilo de la madre.

LAS AMICAS

Mary Haines dió por acabado su paseo de la tarde y a un trote ligero regresaron a casa, porque aquella noche tenía reunión con las amigas. Tenía a sus íntimas invitadas a cenar y antes debía arreglarse. Quería despedirse de ellas porque iba a salir de viaje con su marido por unas semanas.

Cuando llegaron a casa, Mary entró en su habitación seguida de la niña. Allí se veían las maletas a medio arreglar. La preparación del viaje que tanta ilusión hacía a la señora Haines. Esta se quitó el traje de amazona y penetró en el baño. La pequeña Mary no tenía prisa para quitarse los «breeches» y, observando el desorden que reinaba en aquella ordinariamente tan ordenada habitación, se sentó en un sofá y empezó a cantar «Lloré por tí». Salió la madre del baño con una toalla liada en la cabeza y envuelto el cuerpo en un batín.

—Mamá, ¿quieres que te ayude a hacer el equipaje?

—¿Qué? ¡Oh, gracias, hijita!

«Sabas», la perrita de Mary, se había acomodado en una butaca donde había una chaqueta de Stephan.

—«Sabas» —dijo la niña, haciendo levantar al perro—, sal de aquí; ensuciarás la chaqueta de papá. —Volviéndose luego hacia su madre, preguntó: —¿No vas a llevarte esta vieja chaqueta?

—¿Qué vieja chaqueta? —preguntó la madre distraída.

—Esta.

Se acercó Mary a la niña y cogió aquella prenda con respeto.

—¿Esta chaqueta, vieja? ¿Qué quieres decir... vieja?

—Que papá nunca se la pone.

—Ya lo creo que sí. Siempre que salimos los dos de viaje, cuando vamos a cazar o a pescar.

La niña no escuchaba a su madre, porque tenía unas cuantas fotografías en la mano y las estaba mirando.

—Mary, ¿de dónde has sacado estas fotos?

—Del bolsillo de esa chaqueta.

—¿No sabes? Las hicimos durante nuestra luna de miel—dijo Mary abrazando a la pequeña y sentándose ambas en el sofá.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Dónde fuiste en la luna de miel?

—En el Canadá..., adonde vamos mañana. Mira —dijo Mary señalando una de las fotos, éste es el lugar donde cogí aquel pez tan grande.

—¡Mamá, por Dios! Pero bueno, no es un pez muy grande, ¿verdad?

—Verás, los peces grandes a veces no son muy importantes. Cuando me casé con papá no era capaz de pescar un salmónete. El me enseñó a pescar.

Mientras la madre se explicaba, la pequeña continuaba mirando las fotografías y contestando con la cabeza a su madre.

—Lo primero que tuve que aprender fué a echar el anzuelo y entonces cogí este pez —dijo Mary levantándose del sofá para situarse ante un cuadro en el que aparecía un pez disecado—. Y papá dijo que mandaría disecarlo...

—Por si no podías pescar otro igual.

Madre e hija pronunciaron la frase a un tiempo, porque era esto algo sabido de todos los de la casa.

—Bueno, pero has pescado más.

—¡Oh, sí! ¡A millares! Voy a decirte la verdad. Ahora jugamos a quién coge el más grande, papá o yo.

—¿Y no está celoso papá?

—Furioso... sostenemos luchas terribles.

—¡Estás hablando en broma, mamá!

—¡Oh!

—¿Dónde está papá en esta foto?

—La estaría haciendo él.

—Sí, ya veo su sombra. Mira... allí en la nieve.

—Es verdad... Qué bien recuerdo aquella mañana. Nevó inesperadamente durante la noche y tuvimos que cavar un camino para salir de la casa. Estuvimos sitiados dos días enteros.

—¿Como en las películas? —exclamó la pequeña, divertida con el relato de las aventuras de su madre.

—Sí, hija mía.

—¿Corrían peligro vuestras vidas?

—¿Qué? Bueno... no lo creo, pero era muy romántico, ¿sabes?

Mary escuchaba las explicaciones de su madre con cierto escepticismo.

—Mira, mamá, yo creo que todo esto del amor romántico es una tontería —dijo la niña muy convencida.

—¡Oh! Esta es tu opinión, pero, ¿qué sabes tú de todo esto?

—¡Mamá!

—¡Bueno!

—¿De qué habláis tú y papá cuando yo no estoy?

—Pues, pues no lo sé... de todo.

—Os reis muchísimo.

—¡Ah, sí!

—A veces os oigo.

—No deberías escucharnos —dijo la madre queriendo reprocharla.

—¿De qué os reis tanto?

—Pues de bromas, de muchas cosas.

—¿Quieres a papá más que a mí? —preguntó resuelta la pequeña.

—¿Cómo se te ocurren estas cosas? —dijo la madre poniéndose seria.

—La camarera, Jane, dice que quieres más a él que a mí.

—Niña, es un cariño de otra clase... ya lo sabrás cuando seas mayor.

—¿De veras? Bueno, cuando sea mayor, ojalá no siga creyendo que es una tontería.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Señora... las invitadas han empezado a llegar —dijo la camarera.

—¡Oh...! —exclamó Mary levantándose rápidamente del sofá.

—Mamá, deja que yo elija el vestido para esta noche. Todas ellas vendrán la mar de compuestas. ¿Por qué no te vistes muy sencilla?

—Bueno, lo que tú quieras.

Mientras Mary se vestía bajo la dirección de su hija, la camarera abrió la puerta a Edith Potter.

—Buenas noches, señora.

—¡Hola, Jane! —dijo la madrecita Edith, muy bien vestida y dispuesta a leer en el semblante de Mary.

—¿Se encuentra usted bien, señora Potter?

—Muy mal, muy mal; mi salud es mi peor enemigo.

—¡Oh!

—Diga, Jane, ¿quiere decirle a Sylvia Fowler, si es que ya ha llegado, que necesito hablar a solas con ella un momento?

—Sí, señora Potter.

En aquel instante apareció en el vestíbulo, Nancy, una literata que formaba parte de las amigas de Mary. Era una mujer cuarentona, nada elegante, con mirada inteligente.

—¡Hola! ¿Cómo está la madrecita? ¿Qué tal, Edith?

—Jane, no diga nada a la señora Fowler —dijo Edith a la camarera disimuladamente—. ¡Hola, querida Nancy!

—Bien... la araña está en el salón, ¿vamos allí? —preguntó la escritora, que se había referido a Sylvia.

Allí se dirigieron las dos y encontraron a Sylvia Fowler, con su aire elegante, sentada en un butacón, soltando un discurso a otras dos que la escuchaban admiradas.

—Yo le dije a Howard: «¿qué te has creído que voy a hacer? Quedarme en casa para zurcir tus calcetines ahora que tenemos tanto dinero... Para trabajar ya tenemos el servicio».

—Bien sabe Dios que los tenemos poco tiempo —dijo Nancy.

—Es mejor que guardes tu humorismo para tu próximo libro. ¡Oh, Edith! Qué aprisa has ido —dijo Sylvia.

—He ganado un record de velocidad. Creía que te hallabas en Africa cazando fieras, Nancy —dijo Edith.

—Tan pronto como se ponga mi último libro a la venta, iré.

—No es una mala idea —observó Sylvia, a quien todavía le dolía la observación de Nancy relativa a sus criados—. Preferiría verme con un tigre cara a cara que tener que oír las cosas que dice la crítica de tu último libro.

—¿De qué vas a escribir después? —preguntó Edith—. ¿Historias de animales?

—Para esto no tendría que irme al Africa —contestó Nancy con sarcasmo.

Sylvia se puso a reír con cierta nerviosidad.

Peggy, otra amiga de Mary, mucho más joven que todas ellas y recién casada, intervino en la conversación.

—¡Ojalá yo pudiera ganar un poco de dinero escribiendo como tú lo haces! —exclamó Peggy.

—Si escribieras como yo lo hago, es lo único que ganarías... —murmuró Nancy.

—No eres una autora muy famosa, ¿verdad? —dijo Sylvia con mala intención.

—Para ti, no —contestó Nancy.

Edith, Nancy, Sylvia y Peggy estaban esperando a Mary y, mientras tanto, picaban de unas bandejas que había encima una mesa.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Edith, mirando a Nancy.

—No, gracias —contestó la escritora mientras fijaba la mirada en una fotografía en la que se veía a Mary con su marido.

—¡Pobrecita! Todavía está enamorada, a pesar de que llevan tantos años de casada como vosotras y todavía le interesan las recetas para cocteles —dijo Nancy cogiendo un libro que había encima de la mesa.

—¿Otra conferencia sobre la mujer moderna? —interrogó Sylvia sin duda la más peligrosa con la lengua que todas las demás juntas.

—No digas tonterías —contestó Nancy.

—Mira, Nancy; yo me considero una buena mujer. He sacri-

ficado muchas cosas por Howard Fowler. ¡Oh! Ostras ahumadas —exclamó, olvidándose de los sacrificios que había hecho por su marido.

—Por favor, no habléis de ostras ahumadas —dijo Edith—. Me revuelven el estómago.

Así iban hablando las amigas de Mary. Todas sabían ya algo de lo que ocurría con su marido y estaban ansiosas por averiguar si Mary estaba enterada de algo. Edith deseaba poder hablar a solas con Sylvia, pero no se atrevía a disolver la tertulia por miedo a las otras dos. Por fin halló una excusa y, haciendo una seña disimuladamente a Sylvia, dijo:

—Vamos a ver qué es lo que entretiene a Mary.

Salieron las dos amigas del salón y se dirigieron al lavabo, donde pudieron conversar a sus anchas.

—Creí que no podría hablarte antes de que saliera Mary. Estoy impaciente por saber todo esto de Mary y Stephan.

—Ves a desmayarte, Edith, cuando te lo cuente todo. Tú sabes que voy al salón de belleza de Sidney. Tú también deberías ir, en el tuyo lo hacen muy mal.

—Ya sé que lo hacen mal, pero no me importa. Cuéntame lo que sabes.

—Pues la manicura que me sirve, Olga, es algo serio. ¿Te gusta este color para las uñas? ¡Rojo jungla!

—¡Encantador! —contestó Edith mirando las uñas que Sylvia le ponía casi en las narices—. Sigue...

—Pues verás, estaba hojeando el «Vogue», el número donde está Mary disfrazada, sabes...

—¿Te refieres a la foto en que lleva la peluca blanca que la favorece tanto?

—Sí, sí, esa misma. Bueno, pues por eso se lanzó la chica a hablar de Mary y salió a relucir el asunto del marido.

—Bien, ¿pero se trata de alguien conocido?—preguntó Edith, cada vez más interesada.

—No, y esto es lo peor del caso. Vende perfumes en Black, de la quinta Avenida —dijo Sylvia atenuando las palabras.

—¿En la tienda de Black? ¡Oh!

—La cosa no estaría tan mal si Stephan hubiera escogido a alguien de su misma clase... pero a una dependienta.

Las dos mujeres cambiaron miradas de asombro.

—Sí, ¿pero cómo conoció Stephan a esa mujer? —preguntó Edith.

—¿Cómo quieres que las conozcan los hombres? Ellas no viven para otra cosa, ¡qué asco!

—Yo creo que... alguien debería de encerrar a esa manicura.

—¿Para tapar un asunto como éste? Ni pensarlo —exclamó Sylvia. Dame el jabón que me lavaré las manos ahora que estamos aquí. La manicura no deja de hablar ni un minuto, ya sabes cómo son esas mujeres, dale, dale, dale, no calla nunca. ¡Qué le importan las vidas que destrozan! Fijate en el jabón que gasta Mary en este tocador, a diez centavos la pastilla. Para el campo no está mal.

—No me digas que no es una mala jugada —insistía Edith, a quien las infidelidades de Haines tenían verdaderamente preocupada.

—La cosa no estaría tan mal, si sólo lo supieran sus amigas... podríamos callarnos —dijo Sylvia.

—¡Si supieras lo que llego a saber de los maridos de mis amigas...! —dijo Edith en tono confidencial.

—Lo mismo que yo —repuso Sylvia, que siempre era la primera en todo.

—Yo quiero mucho a Mary —dijo Sylvia.

—Yo también...

—Nosotras no sólo somos primas, sino que es la mejor amiga que tengo en el mundo. Después de todo, nos educaron juntas. ¡Oh, Edith! Se me olvidó contarte lo de...

—¡Basta ya, chicas! —dijo una alegre voz, abriendo la puerta.

Era Mary, quien bien conocedora de las cualidades de chismosa de su prima y amiga Sylvia, interrumpía el coloquio para que no cortaran más trajes a las ausentes. Ignorante de cuanto ocurría a su alrededor, Mary no se dió cuenta de la mirada inquisidora de las otras dos. Querían leer en el semblante hermoso de Mary algo que confirmara lo que les habían dicho. Su anfi-

trona se dirigió al salón y las otras dos la siguieron. Los saludos de ritual entre las que habían quedado allí, Nancy y Peggy.

—Os he hecho esperar —dijo Mary—, pero es que he regresado con la niña de un paseo a caballo y esto me ha obligado a ducharme.

—No nos hemos aburrido —dijo Nancy, volviéndose hacia Sylvia—: ¿Te sientes mejor?

—¿Qué quieres decir?

—Tú y Edith parecéis muy descansadas después de haber cambiado impresiones.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó la inocente Peggy.

—¡Oh, nada! —contestó Sylvia, y rápidamente se dirigió a Mary—. ¿Cómo está Stephan?

—No muy bien —replicó la esposa frunciendo el ceño.

—¿Qué le ocurre? —insistió Sylvia.

—Tiene los nervios destrozados.

—¡Oh! —suspiró Sylvia cambiando una mirada de inteligencia con Edith.

La madrecita suspiró a su vez.

—Phelps hace años que sufre del estómago... hay que oírle cómo se lamenta cuando le da el dolor, pobre muchacho —explicó la madre de las siete niñas.

—La señora está servida —anunció la camarera.

—Stephan no tiene preocupaciones, ¿verdad? —preguntó Sylvia con semblante de inocencia.

—Creo que no, repuso Mary. Pero durante estas últimas semanas ha trabajado hasta muy tarde...

Los ojos de Sylvia buscaron los de Edith.

—¿Vamos a cenar? —dijo Mary.

Había llegado el momento en que Sylvia creyó que debía decir alguna impertinencia y la dijo.

—¿Estás segura de que es el trabajo, querida Mary, lo que entretiene a Stephan y no una hermosa rubia?

—¡Cállate, Sylvia! —gritó Edith. Vamos a comer que tengo hambre.

Las señoras todas se pusieron en marcha hacia el comedor y Sylvia continuó al lado de Mary.

—Stephan es un hombre muy bien parecido, ¿no?

—¿De veras? —interrogó Mary, sonriente—. Hay veces en que me pregunto que es raro que no me haya dejado por una mujer más bonita que yo —dijo bromeando.

—Pues mira, yo no estaría demasiado segura. Siempre le digo a Howard: «Si alguna vez me engañas lo mereceré por tonta.»

—Tienes razón, Sylvia—dijo la escritora.

Estaban ya todas sentadas alrededor de la mesa cambiando palabras cargadas de ironía cuando apareció la camarera.

—Señora, el señor la llama al teléfono.

—Voy en seguida. Disculpáme.

—Probablemente dirá que no puede venir a cenar —observó Sylvia.

—Os suplico que no me critiquéis demasiado durante mi ausencia —suplicó Mary sonriente mientras salía del comedor canturreando una canción.

No podía sospechar el mensaje que le comunicaría su querido Stephan.

—Stephan, ¿eres tú?

—Sí, Mary, querida, hemos de suspender el viaje al Canadá.

—¡Oh! —exclamó Mary cambiando la sonrisa que adornaba sus labios por una triste expresión—. ¡Qué lástima! Si ya tengo el equipaje arreglado.

—No sabes cuanto lo siento, pero han surgido complicaciones a última hora y no puedo abandonar Nueva York en estos momentos. El primer disgustado soy yo; me es imposible, incluso, cenar contigo y tus amigas...

—No debes apurarte, realizaremos el viaje más adelante; será divertido igual. Siento que no puedas comer con nosotros... la cocinera se había superado para que estuvieras satisfecho.

—Sí, Mary, es un verdadero contratiempo.

—Bien, amor mío, ya me llamarás un poco más tarde, adiós.

El mensaje de Stephan y las palabras insidiosas de Sylvia se

agruparon en la mente de la pobre Mary y cuando regresó al comedor su expresión era totalmente distinta de cuando había salido. Sylvia hizo un comentario por lo bajo a Edith, la única que en aquel momento compartía su información. En voz alta dijo a Mary:

—Pareces más aplastada que una alfombra. ¿Qué ocurre?

—Algo muy fastidioso. Stephan no puede venir a cenar ni podemos salir mañana para el Canadá como teníamos intención.

—¿No puede? —preguntó Sylvia.

—No, por el momento.

La conversación languideció porque Mary no estaba de humor y las palabras de doble sentido que decía Sylvia de vez en cuando todavía la ponían más nerviosa. Terminó la cena en muy distinta forma de lo que se había previsto y llegó el momento de despedirse.

—Mira mis uñas —dijo Sylvia—. ¿Qué te parecen?

—Un color precioso —contestó Mary.

—No tienes idea de lo que dura este esmalte. Lo compro en el salón de belleza de Sidney. Deberías ir allí. Hay una manicura que es una maravilla. Se llama Olga. ¡Es formidable! ¿No te gusta el tono?

—Sí.

—Es rojo jungla.

—Hace el efecto de que has arañado a alguien —observó la escritora.

—Nancy, no puedo consentir que te burles de mí —observó Sylvia agriamente.

—¡Oh, Sylvia! —interpuso Mary—, nuestra amiga Nancy no hace más que agudizar su ingenio.

—Es que se mete conmigo en todo cuanto digo y hago, incluso en mis uñas.

—Pues encuentro bonito este color —dijo Mary—. Manicura Olga, en el salón de Sidney. Me acordaré.

ROJO JUNGLA

Era precisamente a la mañana siguiente cuando Mary llamó por teléfono al salón de Sidney pidiendo hora. En la puerta se encontró con la suave Peggy que también se dirigía allí.

—Esta mañana, en cuanto he despertado, sin motivo alguno he decidido venir aquí para que me reformen de pies a cabeza —dijo Mary.

—Pero, ¿por qué? Stephan te adora tal como eres.

—¿Qué es lo que te hace pensar que vengo a embellecerme por Stephan?

—No sé, pero, ¿lo haces por él, verdad?

Una empleada se acercó a las dos damas.

—He telefonado esta mañana pidiendo hora —dijo Mary— Soy amiga de la señora Fowler.

—¿Tiene la señora predilección por alguna manicura?

—¿Quién es que atiende a Sylvia Fowler?

—Olga... Veré si está libre.

—Gracias.

Mientras esperaban, Peggy hizo una confidencia a su amiga.

—Johnnie no puede sufrir el rojo-jungla de Sylvia. Dice que le gustaría cortarle las uñas hasta la muñeca con una sierra.

—Tu marido es muy intolerante. Sylvia, en el fondo, es buena.

Como que la empleada no volvía, las dos amigas se entretenían mirando las virinas, que contenían toda clase de perfumes.

—Mira, Mary, éste es el perfume de moda, «Lluvia de verano».

—Sí, tengo un frasco que Stephan me regaló el día de mi santo.

—¡Qué bueno es Stephan! Te regaló aquellos clips tan preciosos y todavía se acordó de darte un buen perfume.

—Señora, Olga puede atenderla.

—Gracias. Adiós Peggy, te veré en el Ritz a la una.

—Sí, a la una. Adiós.

Mary siguió a la dependienta que la guiaba hacia la salita en que trabajaba Olga y no dejaba de charlar.

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

Pasó Mary a la salita y se sentó cara a cara a la manicura, que empezó a preparar todo lo necesario para «hacer las manos» a su nueva cliente.

—Me gusta ver caras nuevas. ¿No la encanta leer? —dijo Olga, apartando un novelón que había encima de la mesita—. No comprendo cómo pueden encontrar esos argumentitos. No moje los dedos todavía... Pero me figuro que la vida real sería lo mismo si tuviera un final emocionante.

Mary observaba a aquella charlatana mitad divertida, mitad aburrida.

—¿Quién la ha mandado, señora?

—Mi amiga Sylvia Fowler.

—¡Oh, la señora Fowler! ¡Es buenísima! En menos de una semana me ha mandado tres clientes. ¿Conoce a la señora Parrish?

—No.

—Pues mire, la señora Parrish me contaba que un día llegó su marido a casa por la noche con el cuello de la camisa manchado de carmín. Ella le pidió una explicación y él contestó que no hallaba explicación alguna. Por favor, moje los dedos.

La nueva cliente de Olga empezaba a sentirse molesta sin acertar el motivo.

—¿Conoce a la señora Potter?

—Sí, Edith Potter, la madrecita.

—Le hice las manos en su piso la semana pasada. Aquello parece un reformatorio. Las siete niñas son como siete atracadores. ¿Conoce a Stephan Haines?

—¡Oh, sí! Yo...

—Supongo que la señora Fowler se lo contaría todo. La señora Fowler lo siente mucho por ella.

—Lo siento, ¿por quién?

—Si usted conociera a la joven...

—¿Qué joven?

—Cristal Allen.

—¿Cristal Allen?

—Sí, la que ha cazado al señor Haines.

Instintivamente Mary hizo un movimiento brusco con la mano que le sujetaba la manicura.

—¿La he hecho daño? Pues esta Cristal Allen es conocida mía. De verdad que es una chica de cuidado, algo terrible. Moje los dedos, por favor. Está empleada en la sección de perfumería de la casa Black. Allí lo conoció.

—¿A Stephan Haines? —preguntó Mary, procurando disimular su emoción.

—Sí, hará un par de meses, teníamos poco trabajo, era un día que llovía horrores. Me acuerdo muy bien. Fue allí. Entró un caballero y le atendió Cristal: «Quiero un perfume», dijo. «¿Puede decirme para qué tipo de mujer es?», preguntó Cristal muy atenta, aunque poco le importaba aquello. De todos modos, pensaba venderle «Lluvia de veranos» que es lo más nuevo. Siguió hablando Cristal y comiéndoselo con los ojos. Tiene unos ojos que recorren a uno de arriba abajo como un reflector. Entonces se puso perfume en la palma de la mano y en el pliegue del codo para que él lo oliera. Me figuro que le gustó el perfume, el caso es que desde entonces han sido inseparables, casi todas las noches... ¿Le he hecho daño?

Mary había retirado la mano bruscamente.

—Rojo jungla, supongo. ¿Una capa o dos?

—¿Qué importa!

—Yo creí que había venido para esto. Todas las amigas de la señora Fowler...

—Creo que ya me ha dado usted todo lo que las amigas de la señora Fowler han venido a buscar aquí— y Mary abrió el bolso para pagar a la manicura.

—Muchas gracias, señora...

—¡De Stephan Haines!

—¡Cielos! ¡Señora Haines! Cuanto lo siento, ¿no puedo hacer nada por usted?

—Sí, deje de contar esta historia a sus clientes.

—Así lo haré, señora.

—Por favor, no diga a nadie que me lo ha contado a mí.

—Se lo prometo; es muy humillante para usted, y Cristal es una mujer terrible, quiero decir terriblemente bonita, señora Haines. Yo, en su lugar, no perdería el tiempo tratando de arrancar al señor Haines de su lado. Quiero decir... en fin, ahora ya lo sabe usted, señora Haines.

UN BUEN CONSEJO

El camino de regreso a su casa fué un martirio para la pobre Mary, que quería contener las lágrimas sin conseguirlo. Todo lo que había dicho la charlatana^a manicura, las observaciones de Sylvia durante la cena en la noche anterior y las excusas de Stephan para estar ausente de su casa constantemente se agolpaba todo en la cabeza de Mary y no podía coordinar las ideas. Era el desengaño más grande de su vida. Nunca se le había ocurrido que Stephan, que adoraba a ella y a su hija, hubiese podido caer en las redes de una mujer como la que había descrito Olga en pocas palabras.

Una idea se impuso en la atormentada imaginación de Mary: Avisar a su madre inmediatamente.

Mientras Mary se lavaba los ojos para disimular lo que había llorado, ante su hija y la servidumbre, la doncella le anunció que acababa de llegar su madre.

—Gracias, Jane, salgo en seguida.

La señora Moorehead, madre de Mary, era una dama que apenas llegaba a los sesenta años. Buen semblante y buena figura todavía, conservaba aún la elegancia de una mujer joven,

con la serenidad que le prestaban los años y una espléndida cabellera cana. Se había sentado en el sofá de la salita, donde empezó a tejer punto para no perder el tiempo, en el caso que su hija se retrasara en salir.

No tardó mucho en aparecer Mary.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, hija mía!

Se abrazaron y besaron. Siguió un silencio difícil.

—¡Qué flores más hermosas! —dijo la señora Moorehead para decir algo, señalando a un precioso ramo que había en un jarrón.

Entró Jane en la estancia.

—¿Qué se pondrá esta noche la señora?

—El traje negro...

—Está bien, señora...

—No, Jane, me pondré el nuevo de tul rosa...

—Muy bien, señora.

La señora Moorehead continuaba haciendo punto mientras Mary, vistiendo un batín, paseaba por la sala.

—¿En qué estás pensando, mamá?

—Tú dirás. Veo que llevas las uñas rojo jungla. Yo también he estado esta tarde en el salón de Sidney.

—¿Te atendió Olga? —se atrevió a preguntar Mary.

—No, pero Olga supo que yo estaba en el salón y quiso hablarme. Está muy preocupada por lo que te ha dicho.

—¿Te lo ha confirmado?

—Sí!

—¡Oh, mamá! Yo... sabía que estas cosas solían ocurrir a otra gente, pero jamás soñé que llegaran a pasarnos a nosotros. Hemos sido tan felices los dos, tan felices.

—Me consta.

—¡Oh, mamá! —exclamó Mary, llorando francamente.

—Vamos, hija, vamos, ¿no tienes pañuelo?

—Ya me calmaré en seguida, ya me pasará.

—¿Supongo que no le has dicho nada a Stephan?

—No, ni siquiera le he visto desde que lo sé.

—Pues no le digas nada, y devuélveme el pañuelo, que es mío.

—Mamá, ¿lo dices en serio que no debo decirle nada a Stephan?

—¡Claro que no! Hija mía, a mí me ocurrió lo mismo hace veinte años.

—¿Con papá?

—¡Claro! Mary, en muchos aspectos tu padre era un hombre excepcional, pero en esto, desgraciadamente, era como todos los demás.

—¿Y no le dijiste nada?

—Nada. También yo tenía una madre prudente... Oye, hija mía, esto no es nuevo; ocurre a la mayor parte de mujeres.

—Pero Stephan...

—Stephan es un hombre. Lleva diez años de matrimonio y está cansado de sentir siempre lo mismo. Llega un momento en que un hombre desea algo nuevo y cree sentirse joven precisamente porque envejece.

—Mamá, Stephan no es viejo.

—Claro que no lo es, pero las mujeres somos bastante más sensatas. Cuando nos cansamos de vernos, cambiamos de peinado, alquilamos una cocinera nueva, o pintamos la casa. Yo creo que el hombre podría decorar de nuevo su despacho, pero no se le ocurre una cosa tan sencilla... No, hija, el hombre sólo tiene una salida para su antigua manera de ser y es creerse que se ve distinto en el espejo de los ojos de otra mujer.

—Pero, mamá.

—Esta chica, seguramente que para él no significa más que este vestido nuevo de tul rosa para ti.

—Pero, mamá...

—Pero, mamá, pero, mamá... hija mía, estoy segura de que no quiere a esa chica; si no fuera así, tú te habrías dado cuenta hace tiempo.

—Sí, siempre he creído que lo sentiría. ¡Le quiero tanto!

—Y él te quiere a ti. Sigue mi consejo y no hagas nada. Cállate cuando más deseos tengas de hablar. Es el único sacrificio

que las mujeres afortunadas como nosotras pueden hacer para conservar sus maridos.

Pero yo no quiero compartirlo con otra.

—¡Mary!

—Mamá, está muy bien que tú me hables de otra generación en que las mujeres eran como propiedades y hacían lo que los hombres les mandaban, pero... esto ahora es distinto. Stephan y yo somos iguales. Nos elegimos libremente para siempre... porque nos queríamos. Ahora no quiero ni siquiera calificar esas relaciones. Es atroz, es vergonzoso, y las mujeres que toleran semejantes cosas son dignas de desprecio... y nada más. Yo no seré de éstas. ¡Jamás!

—¡Mary!

—Estoy decidida, mamá. He terminado. Se acabó.

—No se acabó. No habrá terminado mientras tú sigas queriéndole.

—¡Oh! Eso me pasará. A otras mujeres les ha pasado.

La señora Moorehead comprendió que era inútil insistir. Su hija estaba en aquellos momentos bajo la influencia de cuanto había oído contar a la chismosa manicura y era demasiado pronto para que reaccionara cuerdamente.

—¿Qué piensas hacer esta noche, Mary?

—Cenaremos en casa y luego iremos al teatro. He invitado a Beth y a Dave. Representaré mi papel y luego, cuando Stephan y yo quedemos solos, se lo diré todo... le diré que no puedo seguir así.

—Mary, no digas una sola palabra a Stephan hasta que lo hayas pensado bien y lo hayas meditado con toda calma. Ahora mismo voy a comprar los billetes.

—¿Qué billetes?

—Sí, me acompañarás a las Bermudas. Me molesta mucho la garganta, pero no quería preocuparte. El médico me ha dicho que...

—¡Oh, mamá, qué buena eres! ¿Crees tú que ahora puede existir algo entre nosotros? Lo que nos unía el uno al otro ya no existe, le he perdido la confianza.

—Todavía tienes algo más en qué pensar ahora; además de vosotros dos, hay tu hija.

—Sí... cuando la pequeña Mary sea bastante mayor para comprender, se lo explicaré todo y comprenderá que tuve razón.

—En fin, como tú quieras, querida. Pero no te olvides de que lo que verdaderamente importa es estar unidos al final.

La señora Moorehead estaba cerca de la puerta dispuesta a marcharse. De repente, se le ocurrió una idea.

—Otro consejo maternal, hija: no te fies de tus amigas.

—Creo que ya lo saben todas.

—¿Saben si tú lo sabes?

—No lo sé.

—Pues déjalo así. Si permites que te aconsejen, en nombre de la amistad, harán lo posible para que te quedes sin marido y sin hogar. Soy una anciana y conozco a mis semejantes. Adiós.

—Adiós, mamá, y gracias por haber venido.

—Es muy agradable que vuelvas a necesitar a madre. Piensa bien lo de ir a las Bermudas conmigo. Tu hogar... el hogar de tu hijita, Mary, es digno de que por él libres una batalla. Además, no hay como una buena dosis de soledad para que un hombre aprenda a apreciar a su mujer.

Mary volvía a llorar y se secaba con el pañuelo que le había dejado su madre.

—No llores más y es mejor que me devuelvas el pañuelo.

LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITAN

Cuando Mary se encontró sola nuevamente, meditó las palabras que le había dicho su madre y no las encontró desacertadas. Su orgullo la hostigaba todavía, pero empezaba a razonar. Hizo los preparativos para vestirse y sonó el timbre del teléfono.

—Diga... Hola Stephan.

—Oye, no me será posible cenar contigo y nuestros invitados. No me queda un momento para mí. ¿Estás enfadada?

—No, Stephan, no estoy enfadada —dijo Mary procurando emitir una entonación de voz alegre. Lo siento por Beth y Dave, porque contaban contigo, pero nada más. No te esperaré entonces... Oye, Setephan, me parece que acompañaré a mamá a las Bermudas por unas semanas. Acaba de estar aquí conmigo y parece que no está muy bien, ¿entiendes?

—¿Marcharías pronto?

—Si a ti no te importa, en el primer barco que salga; pero esto no debe intervenir para nada en tus negocios, iremos solas... ahora que, si pudieras venir con nosotros esta noche... llámame. No es necesario vestirse, Stephan, y tampoco importa que llegues tarde a la cena.

—Bien, ya procuraré decirte algo...

—Adiós, Stephan.

Sylvia Fowles había tomado con tanto interés el asunto Haines que no le bastaba saber que Stephan engañaba a su mujer con la empleada de una tienda de perfumería, le era indispensable conocer a la causante de la desgracia de sus amigos, para poder informar a todo el mundo de cómo era, vestía y calzaba la ya famosa Cristal Allen.

Acompañada de la infeliz y chismosa Edith Potter, se encaminó a la tienda de Black, dispuesta a interrogar a todas las empleadas hasta dar con Cristal. Todas las dependientas eran bien parecidas y lo mismo podía ser Cristal aquella esbelta rubia que estaba despachando, que aquella morenita de vivos ojos que atendía a un caballero.

—Bueno —dijo Sylvia—, aquí estamos para espiarla.

—¿Crees que está bien esto? —preguntó Edith un poco avergonzada.

—Cállate, Edith.

Una de las empleadas estaba de espaldas buscando algo en una estantería. Era rubia y tenía muy buena figura.

—Esta es Cristal, —exclamó Sylvia.

La empleada dió media vuelta y se desvaneció el encanto. Tenía la cara muy fea.

—¿Puedo servirles, señoras? —preguntó.

—No, gracias, sólo estamos mirando.

De una sección a otra fueron Edith y Sylvia, observando de arriba abajo a todas las dependientas sin encontrar a la que buscaban. Cristal estaba muy ocupada. Esperaba una llamada telefónica y ya tardaba mucho. Entró en un departamento interior de la tienda e hizo llamar a la negrita Lulú que cuidada los lavabos de las señoras.

—He estado revolviendo toda la tienda por ti. Quiero que vayas corriendo a mi piso y me hagas la cena —dijo Cristal Allen, imperativa.

—Pero hoy tengo compromiso, señorita Cristal —dijo la negra.

—Pues ya lo estás dejando, vamos.

—Pero si todos dicen que guiso muy mal.

—Oye, Lulú, si echas una chuleta de cordero en un horno caliente, ¿qué puede impedirle que se dore? —dijo Cristal indignada.

Otra dependienta se acercó por allí.

—Cristal, ¿no tenías un compromiso para esta noche?

—Sí, y más entusiasmado que nunca. Le he invitado a cenar a mi piso. Ya es hora de que descubra que soy mujer de mi casa.

—¡Tú, mujer de tu casa! ¿Por qué no pides prestada un par de criaturas?

—Porque yo soy la única criatura que él quiere, envidiosa.

—¿Cuánto me pagará, señorita Cristal? —preguntó la negrita, yendo a su negocio.

—Dos dólares.

—¿No podrían ser tres?

—He dicho dos dólares —contestó Cristal bruscamente.

—Está bien, está bien, ¿encontraré algo en la nevera?

—Sí, telarañas y ginebra —dijo Pat, la otra dependienta.

—Toma, Lulú —murmuró Cristal—, aquí tienes dinero y marcha. Compra lo que quieras y de prisa.

Sonó el timbre del teléfono y Pat cogió el auricular.

—Sección de perfumería. Es para ti, Cristal.

—¡Oh! Es demasiado tarde para tomar encargos. Diles que me he marchado, lo que tú quieras.

—Muy bien, así se lo diré al caballero.

—¿Caballero? ¿Por qué no me lo dijiste? Diga, diga, ¿Stephan?

—Sí, Cristal, me parece que no podré verte esta noche...

—¿Qué?

—Mi... mujer tiene unos invitados y como que mañana...

—Bueno, no te apures, amor mío... Claro que me importa tener que dejarlo para otra vez, pero será una buena disciplina para mi egoísmo cuando se trata de ti...

—¡Válgame Dios, qué cosas hay que oír! —exclamó Pat, que no se apartaba de por allí.

—¡Cállate! —gritó Cristal, tapando el aparato con la mano—. Stephan, iba a darte una sorpresa esta noche y hacerte la cena yo misma en mi pisito. Claro que sé guisar...

—Como que Lulú es negrita, él no la verá —observó Pat.

—¡Cállate! —dijo Cristal nuevamente a la impetinente Pat—. Tú no conoces la mitad de mis habilidades...

—Eso digo yo —murmuró Pat.

Cristal, furiosa, separó el aparato por un momento y dijo a su compañera:

—¿Quieres marchar de aquí o?... Bien, Stephan, te guardaré un pedazo de pastel con una velita. No quise decírtelo antes, Stephan, porque... porque bueno, tenía miedo a que hicieras alguna barbaridad. ¡Oh, qué bueno eres queriendo estar conmigo en el día de mi cumpleaños! Estaré triste y si en este rato cede mi neuralgia... no, no es nada, es nervioso. Hoy he recibido una carta de casa que me ha preocupado... mi hermanita no está muy bien...

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Se ha emborrachado? —preguntó Pat.

—Creo que pronto se pondrá bien. Sí... yo... sí, me acordaré. No, no, Stephan, no puedo pensar en desbaratar tus planes. El año que viene volverá a ser mi cumpleaños.

—O la semana que viene —apuntó Pat.

—Beberíamos una copa de jerez a mi salud... Stephan... te necesito tanto. Sí, amor mío, sí, querido... Nos encontraremos en nuestra esquina dentro de cinco minutos.

Colgó Cristal el aparato y se dirigió a Pat.

—¿Qué te parece? Por poco me deja plantada por ir a cenar con su mujer...

Entró en la trastienda una empleada.

—Cristal, una pareja de compradoras retrasadas pregunta por ti.

—No... por mí no, querida. Quédatelas tú.

—Pero es que han preguntado por ti. Han dicho la señorita Cristal Allen.

Cristal era una muchacha vistosa. Pelo negro, grandes ojos y una elegancia en el vestir que la distinguía entre todas las demás a pesar de que las había también bellas y jóvenes. Contra su voluntad, salió de nuevo a la tienda y, ante su mostrador, la esperaban Sylvia y Edith.

—¿Puedo servirles en algo?

—Sí, sí, estaba pensando en cambiar de perfume —dijo Sylvia.

—¿Desearía algo más sutil, o algo más de tipo perturbador? ¿Este por ejemplo?

—¿Es el que usted usa? —preguntó Edith.

—¡Oh, no! —contestó Cristal sonriendo finamente—, es demasiado caro para mí.

—¡Tontería! Una muchacha bonita como usted y con la cantidad de hombres ricos que entran aquí...

—Cuando llegan a este mostrador, temo que vienen pensando en otras mujeres.

—¡Oh! Me figuro que esto no la debe preocupar a usted.

La elegante dependienta empezó a fijarse en sus dos compradoras de última hora.

—Mira —dijo Sylvia—, éste es el nuevo perfume, «Lluvia de verano». Es aquel que le gustó tanto a Mary Haines.

—Sí, es verdad —contestó Edith, siguiendo el camino que le trazaba Sylvia.

—Una amiga nuestra, la esposa de Stephan Haines, está loca por este perfume.

—¿Ah, sí? —se limitó a decir la vendedora, puesta ya sobre aviso.

—Su marido lo eligió para ella. Tal vez usted misma se lo vendió. Stephan Haines, el ingeniero...

—No creo pueda recordarlo. Verá usted, pasan tantos hombres por aquí...

Puesta ya en este plan, Sylvia quiso decir más todavía.

—Es muy guapo... alto, rubio y de aspecto distinguido. Estoy segura de que no le pasaría inadvertido.

—No lo crea... cuando una sólo se preocupa de sus asuntos... Sonó un timbre.

—¿Qué es esto? —preguntó Sylvia.

—Hora de cerrar.

—Temo que la estamos entreteniéndole...

—No tiene importancia.

—Bueno, me quaderé con esto. Carguelo en cuenta y mándelo mañana. Aquí tiene mi nombre y dirección —dijo Sylvia entregando una tarjeta.

—¡Veinticinco centavos! —exclamó Cristal, irónica—. No se va a arruinar con este gasto. ¿No le parece?

—¿Qué quiere usted decir?

—Se lo mandaré mañana, señora Prowler.

—Fowler!

—¡Oh, cuánto lo siento... señora Fowler! —replicó Cristal, burlona.

Edith cogió a su amiga del brazo y la invitó a marcharse porque la situación se ponía fea.

—¡Vaya con la descarada! ¡Impertinente! Si se imagina que va a reírse de mí, te aseguro que se equivoca...

—Anda, déjala —dijo Edith—, tú también has hecho lo que has podido... no es de extrañar que te contestara así.

—Mira que decirme... Se está riendo, puedo verla desde aquí.

—Sí, creo que se está burlando de nosotras.



— La patrona me dijo
que se había mudado a una
casa donde pudiera recibir
a su amigo.



— Las hicimos durante
nuestra luna de miel.



—Una muchacha bonita como usted y con la cantidad de hombres ricos que entran aquí...



—¿De qué habláis tú y papá cuando yo no estoy?



—Yo quisiera probarme
el modelo número 1—dijo
Mary.



—Cállate!—gritó Cris-
tal tapando el aparato con
la mano.



—¿Se encuentra usted mal, señora Haines?— preguntó la empleada.



—Pareces más aplastada que una alfombra. ¿Qué ocurre?



— Quisiera hablar un momento contigo antes de marchar.



— No quiso dejarme comprar un coche con mi dinero—explicó Peggy.



—Vamos a celebrarlo un poco, y usted también, hija mía.



—¿Cuánto dinero ha puesto a su nombre?— preguntó Sylvia indignada.



—¿Adónde volaré?
—A los brazos de su
«cow-boy» favorito.



Joan Crawford, Norma
Shearer y Rosalind Russell,
tres figuras importantes en
el film MUJERES.



La condesa cuenta a sus
amigas los éxitos que obtie-
ne su «cow-boy» enlatado.



Las dos rivales.

DE REGRESO DE LAS BERMUDAS

Mary había seguido el consejo de su madre y había marchado con ella a las Bermudas, con la intención de pasar allí un mes o algo más. La señora Moorehead coñtaba con que una ausencia así curaría a su yerno de la enfermedad de Cristal Allen.

La ausencia no fué tan prolongada como se había previsto, porque Mary a los quince días empezó a decir que echaba de menos a su hijita y convenció a su madre de regresar a Nueva York.

Stephan Haines había recibido a su mujer con alegría y mucho más la pequeña Mary, que la había echado mucho de menos. Por el momento reinaba la calma, y la señora Moorehead, que visitaba a su hija con mucha frecuencia, se daba cuenta de que algo se había arreglado.

—Debes mantenerte en tu torre de marfil, Mary, y no confiar nada a tus amigas.

Mary pensaba en la llamada telefónica de Edith Potter en las Bermudas, que la había decidido volver a Nueva York. Su madre no se había enterado de ello y Mary se guardó el secreto para sí. Edith y Sylvia se habían impuesto la obligación de entrometerse en sus asuntos y, a pesar de hallarse a muchas millas de distancia, no regateaban el importe de un cable para darle cuenta de los devaneos de Stephan con Cristal.

—Ha telefonado la señora Potter, señora, y ha dicho que después de comer la espera en casa de la modista —dijo la camarera.

—Gracias, Jane. Haga el favor de recoger estas cosas. Mamá, ¿por qué no vienes conmigo al desfile de modas de esta tarde y verás cómo presumo?

—Yo, aguantar a la señora Potter. ¡Antes morir! —exclamó la señora Moorehead saliendo disparada de la casa.

—Mamá, espera... me parece que no les haces ningún caso a mis amigas.

—Si les hiciera caso tendría que retorcerles el pescuezo, Mary, estás de nuevo en tu hogar, prométeme que guardarás tu secreto y que te mostrarás reticente sobre tus asuntos con Stephan.

—No me sacarán una sola palabra.

Marchó la señora Moorehead y Mary decidió vestirse para encontrarse con Edith en los salones del modisto. Eran aquellos salones el punto de reunión de lo mejor de Nueva York; todas eran descendientes de los que llegaron a la costa americana en el «Mayflower».

Edith y Mary se encontraron antes de llegar al salón y allí se les unió Sylvia.

Las modelos iban y venían sin poder decir que desfilaban ante los clientes, muy numerosos por cierto.

—Mary, pruébate uno de esos vestidos. Son algo delicioso —dijo Edith.

—Mira, Edith, no me tientes. Perdí unos kilos en las Bermudas.

—Estás muy delgada, mujer —interrumpió Sylvia—. ¿No serán los disgustos?

—No, los trópicos son lo mejor para conservar la línea.

—¿Cómo ibais vestidos por allí? —interrogó Sylvia.

—Con pantalones casi siempre. Me abandoné horrores.

—Bueno, esto ocurre siempre estando sola... —dijo Edith.

—Debes encargarte muchos trajes —aconsejó Sylvia—. ¿Sales mucho ahora con Stephan?

—Sí... mucho. Ya está bien... vamos a sentarnos.

La actitud de Mary desconcertaba a sus amigas, que hubiesen visto con gusto que Mary rifiera con Stephan.

—No se da cuenta de nada —dijo Sylvia al oído de Edith en tono compasivo.

Había empezado el espectáculo de la moda, y una «madame» muy entrada en años y vestida con sobria elegancia, desde el tablado donde minutos después aparecerían las bellas modelos con las creaciones de la casa, dirigió la palabra a todos los que se encontraban allí.

—Señoras, señoritas... Es un gran placer para mí servirles

de cicerone en nuestro bello viaje al reino de la moda. Pero hoy, señoras mías, como una innovación, van a ver los modelos cómo se mueven al ritmo de la vida cotidiana y así podrán comprender el aire de la nueva línea al adaptarse al incesante movimiento de la hermosa forma femenina.

Reinaba gran expectación en la sala para ver el desfile de modas y todas las señoras se arrellanaron en sus butacas, dispuestas a pasar un buen rato.

—Señoras, daremos una mirada al futuro: luz, música...

Se apagaron las luces de la sala y se encendieron las del escenario improvisado, por donde desfilaban los modelos.

El desfile primero consistió en equipos de playa, viéndose cosas muy originales y atrevidas. Siguió los trajes de calle y, finalmente, los de noche, que fueron los que entusiasmaron a la rica clientela de la casa.

Terminó el paso de modelos y la dependencia interrogó a las señoras.

—Ni uno sólo que valga la pena —dijo Sylvia Fowler despectivamente.

—Pues yo quisiera probarme el modelo número cuatro —dijo Mary.

—A mí me ha interesado aquel traje de noche —observó Edith Potter a la empleada.

La modelo que exhibía el traje que había gustado a Mary era nada menos que la Princesa Mara, una princesa europea que en su destierro americano no había encontrado otra solución a su vida que hacer de maniquí. Todas las clientes la conocían y la trataban como a una igual.

—Princesa Mara —dijo la empleada—, haga el favor de acercarse.

—¿Qué tal, señora Haines?

—Muy bien, princesa, me gusta su vestido.

—Debe usted quedárselo, estoy segura que le sentará bien.

—Mara —interrumpió Sylvia— es usted capaz de venderlo todo. Veniga acá un momento. He visto este vestido en la «Vogue», la capa cuelga por aquí y se levanta por detrás.

—No intente darme lecciones, señora Fowler —replicó la real modelo sonriendo irónicamente.

—Princesa —dijo la encargada.

La princesa no oía nada.

—¿Qué sabe usted de llevar bien la ropa? —dijo algo descompuesta Sylvia.

—Desde luego, princesa, yo no soy una modelo, pero nadie discute mi manera de vestir.

—Princesa Mara —dijo la encargada—, debe usted pedir excusas a la señora Fowler.

—No, no —terció Mary—, no tiene importancia; en realidad son buenas amigas.

—Ya lo creo que lo somos. La princesa adora a la familia Fowler... especialmente a mi marido —dijo Sylvia con marcada intención.

—¿Intenta usted decir que he intentado flirtear con su marido?

—¡Oh, no! Pero de intentarlo, quisiera ver a Howard Fowler mirando a otra mujer —exclamó Sylvia completamente descompuesta.

—Pues yo sí que le he visto mirando a otras —insistió la princesa—, y le aseguro que no pierde el tiempo.

—¡Cómo se atreve! —gritó Sylvia dando un paso adelante como si quisiera atacar a la princesa.

—Vámonos, Sylvia —suplicó Mary al ver el cariz que tomaba la discusión—, quiero ver la lencería.

Sylvia se dejó llevar y mientras iban a la sección de lencería se expansionó con Mary.

—¿Te has dado cuenta de su mala intención? Siempre la he odiado. En qué forma explota el título y su real linaje. Si hay algo en esta vida de lo que estoy completamente segura es de Howard Fowler.

Calló Mary, porque pocas semanas antes ella también estaba segurísima de Haines.

La empleada del departamento de lencería conocía muy bien a las dos señoras y las saludó por sus nombres.

—¿Cómo están ustedes, señora Fowler... señora Haines.

—Bien, gracias —contestó Sylvia.

—Muy bien, Jessica —contestó Mary amablemente.

—¿Lo ha pasado bien en las Bermudas?

—Sí, ha sido una temporadita de descanso para mí.

—Mi marido quiere llevarme a dar la vuelta al mundo —dijo Sylvia.

—Queremos ver lencería —dijo Mary.

La dependienta empezó a sacar ricos camisones, un encanto de sedas y encajes, todo de precio fabuloso.

—Este es encantador —dijo Mary—, no me diga el precio... pero, ¿cuánto vale?

—Doscientos veinticinco dólares.

—Mary, debes quedártelo... Aunque Stephan no se fije en el camión se fijará en la factura —observó Sylvia con malicia.

—Está bien, ¿me lo quedaré?...

Mientras en la sección de lencería Mary Haines estaba eligiendo ropa interior, en el mismo departamento, a poca distancia, se hallaba Cristal Allen, soberbiamente vestida. Durante la ausencia de Mary a las Bermudas, Stephan Haines había instalado a su amante en un gran piso y le había dado carta blanca para gastar lo que quisiera. No había sido necesario alentar mucho a la exdependienta de la perfumería de Black; bien sabía ella cambiar los dólares y darse postín como las que hasta hacía poco habían acudido a su mostrador a comprar perfumes.

Cristal examinaba unos camisones.

—Me quedaré con éste y necesitaré unos cuantos más. Los quiero extranjeros y bordados a mano.

Mary tenía el camión en la mano y se acercó la empleada que atendía a Cristal para pedírselo. Sylvia estaba con Mary y además se había reunido con ella Edith Potter. Esta y la primera habían notado la presencia de Cristal, no así Mary, que la desconocía en absoluto.

—¡Oh, Mary! ¡Qué humillación!

—¡Pobre Mary! Me dejaría matar por ti... —medio sollozó Edith.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre? —interrogó Mary mirando a Cristal, que examinaba el camión que ella había tenido intención de quedarse—. De todas formas no me lo quedaré, es demasiado caro.

—¿Pero, no sabes quién es aquella mujer? —preguntó Sylvia, ansiosa de dar la puñalada a su amiga.

—No —contestó Mary, y sintió un extraño escalofrío al mirar a Cristal.

—Es Cristal Allen... Cristal, la...

Mary se acordó de los consejos de su madre y quiso fingir indiferencia.

—Es bonita y elegante...

—Pero, Mary, ¿has oído a esta descarada? Se quedará con el camión y aun quiere varios más. Mary, no vas a quedarte quieta y dejar que esta mujerzuela ordinaria... —silbaba Sylvia en el oído de su amiga.

—Adiós, chicas; tengo que ir a probar —contestó Mary conservando la serenidad con gran esfuerzo.

Abandonó a Sylvia y a Edith para seguir a la dependienta que la introdujo en un probador.

LA ESPOSA Y LA AMANTE

Entró Mary en el probador y se sintió tranquila en aquella soledad, lejos de las garras de Sylvia y de la estupidez de Edith. Entró nuevamente la dependienta acompañada de la modelo que lucía todavía el traje negro de noche que había gustado a la señora Haines. La modelo hizo sus habituales piruetas y luego habló.

—Es el modelo de encaje, señora Haines... Cremallera en la espalda y nada de ballenas.

En el probador frente al que estaba Mary, entró Cristal Allen acompañada de una dependienta.

—Desco abrir cuenta —dijo Cristal en su habitual tono imperativo.

—Desde luego... su nombre, por favor.

—Cristal Allen... Avenida del Parque...

—¿Tiene cuenta corriente en otros establecimientos de Nueva York, Saks, Bergdorf, Cartier?

—No, uno de estos días abriré las demás cuentas.

—¿Su banco? *

—Tampoco tengo cuenta abierta en el banco... de momento.

—Pues lo siento mucho, señorita Allen, pero, por lo menos, debería darnos usted una referencia comercial.

—¡Naturalmente! Stephan Haines, Wall Stret, 20: es un antiguo amigo de mi familia.

—Es suficiente, señorita. La señora Haines es una de nuestras mejores clientes.

—A propósito, no conozco a la señora Haines.

—¡Es encantadora!

—Sí, me lo figuro... y prefiero que no le diga que he dado el nombre de su marido como referencia. ¿Le importa?

—No, señorita Allen.

—Gracias.

—Me hago cargo —contestó la dependienta con mirada inteligente hacia el plumaje que lucía Cristal en la cabeza.

—¿Qué quiero decir usted que se hace cargo? —preguntó Cristal con impertinencia.

La empleada se encontró en un apuro porque se dio cuenta de que Cristal era de las que no se callarían fácilmente. Hizo marcha atrás y asumiendo un aire respetuoso como el que gastaba con las clientas finas dijo:

—Le ruego que me disculpe, que yo no quería decir que...

—No importa —cedió en seguida Cristal—, es tan triste vivir sola en una ciudad desconocida. Una tiene que tener tanto cuidado para que la gente no piense mal. Le diré, yo no conozco todavía a la señora Haines y sentiría que formase mala opinión de mí antes de que le sea presentada.

—Naturalmente.

—Tráigame aquel traje de tricot azul con bordados.

—¿La negligée azul?

—Sí, quiero probarla.

Mary se había probado el traje de encaje negro y le sentaba a las mil maravillas, haciendo resaltar su deslumbrante belleza.

—Le traeré un sombrero, señora Haines —observó la empleada.

Salió del probador en busca del sombrero y alguien llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Sylvia, que ya había dejado demasiado tranquila a la pobre Mary.

—Sí, siéntate, Sylvia —dijo Mary no adivinando la intención de aquella vibora.

—Mary, no me digas que no lo sabes... ¿Por qué no confías en mí?

—Sylvia, te lo suplico, no te metas en mis asuntos.

—No lo haré si tú no quieres; pero si crees que voy a quedarme tranquila viendo cómo escondes la cabeza bajo el ala como un pajarito, estás muy equivocada. Eres la única mujer de Nueva York que no está enterada de ello. Howard dice que hace no sé cuántas tardes que no ha visto a Stephan por el Club.

—¡Márchate, Sylvia! —suplicó Mary, angustiada.

La dependienta llegó oportunamente con otra que traía dos sombreros. Uno lo entregó a Mary y dijo:

—Este otro enséñalo a la señorita Allen.

Sylvia no perdió la oportunidad al oír aquel nombre.

—¿Es Cristal Allen la que está en el probador de enfrente?

—Sí, una nueva cliente. ¿La conoce usted?

—Le diré...

—¿Tiene mucho dinero?

—Por lo menos sabe dónde encontrarlo, si no lo tiene —contestó Sylvia mirando a Mary despiadadamente.

—Compra todo lo que se le antoja sin reparar en el precio —explicó la dependienta. ¿Se encuentra mal, señora Haines?

Mary había palidecido extraordinariamente y se pasaba la mano por la frente.

—No, pero estoy un poco cansada.

—Vaya a buscarle una copa de jerez —ordenó Sylvia.

—Voy en seguida, señora Haines.

Solas las dos amigas, Sylvia continuó en su empeño.

—Mary, te sentirás mucho mejor si te desahogas con alguien. Stephan es un mal marido si malgasta el dinero con una mujer como esa...

—Cállate, Sylvia, por favor.

—¿Te parece bien hacer el ridículo ante todas tus amigas? ¡No seas tonta! Entra en aquel probador y dñe cuatro frescas.

—¿Qué yo entre allí? Me voy corriendo a casa.

—No, Mary, no te vayas. Ahora es la gran oportunidad para entrar y poner fin a todo esto. Entra y dñe que le harás la vida imposible a ella y a Stephan hasta que rompan sus relaciones. Mira dónde estaba hace cuatro días y cómo está instalada ahora.

—Sylvia, ¿quieres hacer el favor de dejarme que disponga de mi vida a mi gusto?

—En fin, puede que sea una buena mujer para tu marido, pero a tu hija no le hace ningún bien.

—¿Qué pretendes decir con esto?

—¡Oh! No vayas a decir luego que te digo cosas que preferirías no oír, pero lo sé hace tiempo. Edith quería que te lo dijera el día que te llamamos por conferencia a las Bermudas...

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi hija?

—Ocurrió mientras tú estabas fuera. Edith les vió, Stephan, esa mujer y la pequeña Mary comiendo en el Parque. Dijo que lo estaban pasando muy bien, riéndose. Esa mujer tenía a Mary abrazada y la besaba entre bocado y bocado. Cuando me enteré, te juro que me puse mala... pero como tú dices, eso es cosa tuya y no mía. Sin duda esa mujer será una buena madrastra para tu nena.

Sylvia había vencido, había dado en el punto sensible de Mary y el veneno había penetrado en su corazón. No aguardó un instante. Salió del parador ataviada con el lujoso traje de encaje negro y llamó al de enfrente.

No iba exasperada. Era una cólera fría, temible. Llamó suavemente con los nudillos.

—¡Adelante! —contestó Cristal, creyendo que era la dependienta.

Sylvia, que ya había cumplido con su misión de diablo con falda, salió disparada de la casa de modas para informar a sus amigas de que Mary, al fin, había roto las hostilidades con Cristal.

Cuando Mary entró en el probador halló a Cristal en combinación, porque aguardaba así para probar. Su situación, sin vestir, la colocaba en un pie de inferioridad ante la señora Haines soberbiamente ataviada.

—¿Qué desea usted? —preguntó Cristal, temiendo algo.

—Soy la esposa de Stephan Haines —dijo Mary con dignidad.

—Lo siento, pero no la conozco.

—Creo que a quien conoce usted es a mi marido.

—De manera... ¿que Stephan se lo ha dicho? —interrogó Cristal con sorna.

—No, nunca me ha hablado de usted.

Entró la dependienta con la negligée azul y se extrañó al ver allí a las dos mujeres.

—¡Márchese! —dijo Cristal a la empleada.

—Nunca me ha hablado de usted, pero yo hace tiempo que estoy enterada...

—Esto constituirá una sorpresa para Stephan. Personalmente, me alegro de que usted lo sepa.

—Me he callado porque sabía que Stephan no tardaría en cansarse de usted.

—No se haga usted demasiadas ilusiones, señora Haines; yo no soy como usted.

—La han visto con mi hija y por esto he venido a verla. No toleraré que se acerque usted a mi hija.

—Bien, no se ponga nerviosa por esto. ¡A mí qué me importa su hija! Estoy harta de oír hablar de ella...

—Ya no volverá a oír hablar de ella... porque de hoy en adelante usted y mi marido van a dejar de verse —dijo Mary excitándose, aunque procuraba dominarse.

—Esto debe disponerlo Stephan... ¿no le parece? —replicó Cristal con insolencia.

—Desde luego... pero, de todas maneras, bueno será que vaya haciendo otros planes, señorita Allen.

—Oiga usted, yo sólo obedezco las órdenes de Stephan y parece que esta situación le satisface... de manera que no quiera usted forzar situaciones a no ser que desee armar jaleo.

—Usted me obliga a obrar en esta forma.

—Está usted muy segura de sí misma.

—Sí, porque conozco a Stephan y sé que no puede querer a una mujer como usted —dijo Mary, ya fuera de sí.

—Pues mire usted, si no me quiere, lo pretende muy bien. Además, ¿por qué arma tanto ruido? Tiene usted todo lo que le hace falta, el nombre, la situación social, el dinero...

—Pero para mí, el cariño de mi esposo es superior a todo lo demás.

—No estoy para sentimentalismos, señora Haines. Ustedes las mujeres y madres decentes, me revuelven los sesos. Estoy segura de que aburre a su marido.

—¿Es usted un mármol!

—¡Oh! También sé mostrarme tierna, cuando hace falta. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que me echara a llorar y le pidiera perdón? ¿Es por esto por lo que ha venido a verme, señora Haines?

—Ahora que la he visto, me doy cuenta de que es mucho peor de lo que me imaginaba.

Cristal miró de arriba abajo a Mary.

—Hija mía, lo mismo digo de usted. Oiga lo que le digo: si pudiera, destrozaría su nidito, pero por ahora no puedo hacerlo. No crea por esto que su marido no me quiere. Es porque tiene la preocupación de las clases, tiene sentimientos anticuados y no hay quién le haga cambiar, nada más.

—Me alegro que comprenda la fuerza de los sentimientos.

—Señora Haines, resulta que éste es mi probador...

—Sí, por el momento, como todo lo demás de que ahora dispone. Pero voy a aconsejarla, si es que quiere vestir a gusto de Stephan. Este vestido con tanto bordado que acaba de dejar

la dependienta, no sería del gusto de Stephan. No le gustan los trajes recargados.

—Gracias por el consejo, señora Haines —dijo Cristal completamente desmandada—, pero cuando algo de lo que llevo no le gusta a Stephan... me lo quito.

La escena ocurrida en el probador no había tenido testigos oculares, pero las orejas de varias dependientas se habían pegado junto a la puerta y casi no habían perdido palabra.

—Lo siento por la señora Haines —dijo una empleada.

—Esa Cristal Allen es muy lista y muy perversa, ella ganará la partida. En la forma que ha estado hablando parecía tener más razón que la señora Haines.

—¡Ah! —suspiró una empleadita joven—, no se puede confiar en los hombres.

La cronista de sociedad que había asistido al desfile de modelos había tenido tiempo también para informarse de la reyerta, que así ya la calificaban, entre la esposa de Stephan Haines y su amante Cristal Allen.

ECOS DE SOCIEDAD

No tardaron dos días en publicar la noticia del encuentro entre Cristal y Mary los diarios que en Nueva York se dedican a divulgar escándalos. No publicaban nombres, pero la explicación era tan minuciosa que no había nadie que conociera a los interesados que no atinara en quiénes eran las dos damas anónimas que en una casa de modas habían sostenido una violenta discusión por el cariño del mismo hombre. La noticia se había exagerado y se decía que la esposa había arrancado de los hombros de la amante un abrigo de armiño, a cuya violencia había correspondido la amante con un tremendo bofetón.

Una mano amiga se había cuidado de mandar un ejemplar a

Mary, subrayando la noticia con lápiz azul, y en cuanto a Stephan, todos sus amigos lo habían felicitado por sus cualidades de Don Juan.

La información había llegado hasta las dependencias de los criados de casa Haines y desde la cocinera al chofer reinaba consternación. Todos querían a su señorita y no podían menos que recriminar al señor, que por una cualquiera les pusiera a todos en trance de tener que buscar empleo, porque aquel hogar naufragaba, vaya, que se hundía y ninguno de ellos estaba dispuesto a ponerse a las órdenes de una... Los criados eran gente expresiva y Cristal no saldría nada bien parada de sus manos.

La camarera Jane, muy adicta a Mary, era la más disgustada, y procuraba enterarse de las conversaciones del matrimonio, más que conversaciones, discusiones, escuchando a través de la cerradura, medio admitido como el más eficaz para husmear las vidas ajenas. Jane se había situado en el dormitorio de Mary, porque la discusión tenía lugar en la salita contigua. Quien hablaba era Mary y se la oía muy bien. Jane era toda oídos.

—Tus ideas sobre el amor y las mías, son ligeramente distintas, Stephan. No me interesa ser una más, aunque haya sido la primera.

No era posible oír lo que contestaba Stephan.

—Stephan, no podemos seguir así...

Se oyeron pasos hacia la puerta y Jane creyó que debía retirarse. Continuó allí apostada unos minutos más y pudo enterarse del final. Corrió como un gamo escalera abajo hasta llegar a la cocina, donde la esperaba Ingrid, la cocinera, ansiosa de saber cómo había terminado la cuestión.

—¿Qué ha pasado?

—Pues ya está...

—¿Sí?

—¡Una bronca! Dame una taza de café, Ingrid, y te lo contaré todo —dijo Jane secándose los ojos con un pañuelito de encajo de Mary—. Le dijo que él la ha puesto en una situación imposible, que ni siquiera puede salir a la calle sin que la señalen

a causa de las fotografías y dibujos que han publicado los periódicos.

—Es bien verdad —asintió la cocinera.

—Y él va y dice que la culpa la tienen las chismosas de sus amigas por contarle historias...

—No anda equivocado en eso tampoco.

—En fin, es bastante para que una pierda la confianza en el matrimonio.

—¿En el matrimonio de quién? —interrogó la cocinera.

—¿Es que tú no crees en el matrimonio? —preguntó Jane.

—Claro que sí; lo malo es que una ha de casarse con un hombre. Bueno, ¿qué más han dicho?

—Han estado discutiendo mucho rato, no podía oír bien lo que decía el señor. La señorita quería parecer indiferente y hasta se reía, pero se notaba que estaba violenta.

—¿Cómo ha terminado? —insistió la cocinera.

—No lo sé; todavía les he dejado discutiendo.

—Pues corre de nuevo arriba y a ver quién gana. A lo mejor mañana a esta hora hemos de andar buscando casa.

Obedeciendo al mandato de la cocinera, Jane se trasladó de nuevo arriba para bajar al poco rato sollozando con violencia.

—Dame más café... No puedo más.

—Descansa y cuéntamelo todo.

—El señor se paseaba por la salita, se oían muy bien los pasos. Dijo que tenía que marchar, que había terminado. Me dispuse a bajar cuando oí que la señorita le hablaba nuevamente. «Stephan —le dijo—, no cierres la puerta con violencia, el servicio podría enterarse de que hemos estado discutiendo.» ¡Oh! ¡Cuánto lo siento por la señorita! —exclamó Jane, realmente emocionada.

LA SEPARACION

La discusión tan bien escuchada y relatada por Jane había sido el prólogo de la separación oficial del matrimonio Haines. Se habían llamado abogados por ambas partes y era Mary la que pedía el divorcio. De momento se marcharía a Reno, ciudad americana en el estado de Nevada, situada a la orilla del río Truckee, que, además de ser considerada centro financiero, comercial, intelectual y profesional, posee universidad y manicomio. Reno, durante lo que va de siglo, ha sido también el punto de reunión de todas aquellas damas y caballeros que desean divorciarse, pues las leyes del estado de Nevada no son demasiado rígidas en ese aspecto. A Reno, pues, marcharía Mary para obtener rápidamente la separación oficial de su marido, dejándole en libertad para casarse con Cristal, si es que así lo deseaba.

La señora Moorehead asistía a lo que consideraba la locura más grande de su hija. Ella le había aconsejado que no dijera nada a su marido, que se fingiera ignorante; pero el consejo de las amigas, especialmente las insidias de Sylvia, habían precipitado los acontecimientos y, después de la discusión entre marido y mujer, no se había hallado mejor solución que el divorcio.

—Estoy segura de que os equivocáis los dos —decía la señora Moorehead—, tú y Stephan tenéis una hija.

—Sí, mamá, ¿y de qué le va a servir vivir en una casa donde todo serían discusiones y sospechas? Estará mejor sola conmigo.

—Los hijos necesitan del padre y de la madre en el mismo hogar.

—Ahora todo es inútil.

—Nunca es demasiado tarde cuando se ama de verdad —existía la madre, quien, con su experiencia, aun abrigaba alguna esperanza—. Stephan no quería divorciarse.

—Pues si no lo quiere, ¿por qué me lo concede?

—¡Malditas leyes modernas! —exclamó la señora Moorehead—. Hace cincuenta años, cuando no existía la ley del divorcio, las mujeres inteligentes sacaban gran partido de situaciones como ésta...

Jane entró para anunciar que había llegado la secretaria del señor Haines que traía unos papeles a la firma de la señora.

—Bien, que pase —dijo Mary.

—No, que espere —contestó la madre—. Vete a lavar los ojos, Mary, no querrás que esa oficinista te vea así.

Obedeció Mary y regresó a los pocos minutos, después de haberse arreglado un poco.

Entró la secretaria del marido acompañada de otra ayudante. Eran dos tipos característicos de muchacha de oficina.

—Buenas tardes, señora Haines... Le presento a la señorita Trimerback, también del despacho. Tiene la carrera de notario.

—¿Cómo están ustedes?—preguntó Mary, medio distraída.

—He traído el inventario de los muebles y el señor Haines me ha dicho si puede quedarse con el retrato de la pequeña Mary.

—Sí, pero lo tengo guardado. Yo...

—Bueno, con esto se podrá sacar, es un poder. Haga el favor, firme aquí, es un certificado de buena conducta para la cocinera; firme aquí, son los seguros; firme aquí, los documentos de transferencia del coche... ¿Qué va a hacer con él?

Mary había obedecido maquinalmente las instrucciones de la secretaria de su marido, mujer avezada a la mecánica de las firmas y trámites oficinescos. Les buscaré un garaje. ¿Le interesa dejar este piso, señora Haines?

—Sí, pensaba alquilar uno más pequeño.

—Bueno, ya habrá tiempo para esto cuando usted regrese. Su marido ha hecho testamento. La favorece a usted. Se necesitan tres testigos. Su doncella servirá y nosotras dos.

—Jane, ¿quiere servir de testigo?

—¡Oh, señorita! —gimió Jane, en cuyos ojos asomaban las lágrimas.

Se terminaron las firmas y las formalidades, las dos emplea-

das guardaron la documentación en sus carteras y llegó el momento de despedirse.

—Señora Haines, no deje de llamar al despacho si necesitare de mí, si es que cree que puedo servirle en algo.

—Gracias, no creo que necesite nada, señorita Watts.

—Siempre quedan cabos por atar en una separación. Buenas tardes, señora Haines, le deseo un buen viaje. Adiós.

La secretaria iba a trasponer el umbral de la habitación cuando vaciló y volvió atrás. Abrió nuevamente la cartera y sacó una carta.

—El señor Haines me ha entregado esta carta para usted.

—Gracias —dijo Mary cogiendo la misiva, en cuyo sobre vio la letra de su marido.

Rasgó el sobre nerviosamente, sacó el pliego en que aparecían muy pocas palabras.

«¿Qué puedo decirte?», Stephan.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Mary y guardó la carta en su bolso.

La pequeña Mary y su abuela aparecieron nuevamente en la habitación.

—¿Estás lista ya, Mary? —preguntó la madre.

—Sí, lo estoy. Oye, pequeña, quisiera hablar un momento contigo antes de marchar.

La niña presentaba aquel aspecto preocupado que adquieren los niños cuando, sin darse cuenta, advierten que sus padres se están portando mal.

—Te esperaré aquí —dijo la señora Moorehead.

—Hijita...

—Sí, mamá, ¿es que me he portado mal?

—No, mi vida, no. Siéntate, Mary, ya sabes que hace tiempo que papá se fué.

—Sí, hace un mes —contestó la niña con seguridad.

—¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué? —preguntó, más triste que curiosa.

—Tú sabes, nena, que cuando un hombre y una mujer se quieren, se casan...

—Y tienen niños —agregó Mary.

—Alguna vez se da el caso que el marido y la mujer dejan de quererse.

—¡Oh, mamá! ¿Y por qué hacen esto?

—No lo sé, pero ocurre; y cuando ocurre, se separan. ¿Comprendes?

—¡No! —contestó resuelta Mary.

—Tú sabes que yo te quiero mucho, ¿verdad, Mary?

—¡Claro, mamá!

—Es que quiero que sepas que papá y mamá van a separarse, por esto me marcho ahora...

—¿Y yo...? —preguntó la niña, perdiendo el aplomo que había conservado hasta aquel instante.

La niña había vuelto la cabeza y su madre no podía verla.

—Nena, mirame, por favor.

—Te estoy mirando, mamá —dijo la pequeña con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Es que papá ya no te quiere?

—No, hija, ya no me quiere.

—Pero, ¿por qué? —insistió la chiquilla llorando francamente.

—No lo sé, no es culpa mía ni de papá, es sólo que...

—Pero, mamá, yo creía que cuando se quería a alguien, se le quería hasta que se moría.

—Entre los niños es así, pero entre los mayores es distinto.

—Pues no lo comprendo —dijo Mary meneando la cabeza.

—Tienes que creer lo que yo te digo, pequeña; las cosas son así y esta separación no tiene nada que ver con mi cariño hacia ti. ¿Comprendes?

—Pero, si tú y papá vais a separaros, a cuál dejare de ver, ¿a ti o a papá?

—Vivirás conmigo, Mary. Los niños van con sus madres, pero verás a papá muchas veces.

—¡Oh, qué difícil es todo esto!

—Nena, te lo explicaré mejor yendo a la estación en el coche. Iremos solas, ¿quieres?

—Sí, mamá, vamos.

HACIA RENO

El lujoso coche Pullman que iba a Reno sólo conducía a presuntas divorciadas. Mary Haines había tenido la gran sorpresa de encontrarse allí con la dulce Peggy. La más ingenua de sus amigas. Durante las últimas semanas no había visto a ninguna de sus habituales compañeras y ahora, al encontrarse en el tren con ella, no había podido disimular una exclamación de asombro.

Peggy lloraba amargamente.

—Por favor, Peggy, cálmate —decía Mary, olvidando sus propios sufrimientos ante el desconsuelo de aquella pobre muchacha, la pobre millonaria cuyas diferencias con su marido venían de que él, como pobre, no quería gastar ni un centavo de su esposa.

—¡Oh, Mary! ¿Quién iba a suponer que yo también tendría que ir a Reno?

—¡Es verdad!

Alguien llamó a la puerta del compartimiento.

—Adelante —dijo Mary.

—Señora —dijo una empleada del ferrocarril—, ¿es usted la señora que ha pedido un cepillo para los dientes?

—Sí —contestó Peggy.

—Me figuro que ha emprendido este viaje sin haberlo pensado mucho —dijo la doncella, mujer experimentada.

—Sí —respondió Peggy sumisa.

—Me lo imaginé. El encargado le preparará el departamento junto al de la señora Haines.

—Gracias.

Se marchó la empleada y Mary habló.

—¿Estás más tranquila, Peggy?

—Sí, estando tú aquí, sí. ¿Has tenido noticias de Stephan?

—Una línea antes de marchar.

—Y ¿estas flores?

—No son de él, son de un viejo admirador.

—Ahora tendrás muchos admiradores, ¿no es cierto, Mary?

Pues yo no, no volveré a mirar a otro hombre. Cuando pienso en las cosas que me dijo mi Juan.

—Vamos, vamos, cálmate, Peggy.

—No quiso dejarme comprar un coche con mi dinero, sólo porque él no podía comprarlo, y porque él no tiene dinero, yo me he de quedar sin coche. Cree que he de ser una esclava.

—No digas barbaridades, hija.

—La única protección que tengo es mi pequeña renta...

—Esto me suena a Sylvia.

—Sí, lo dijo Sylvia, pero esta vez tiene razón. ¡Oh, Mary! Si no hubiese podido coger este tren y encontrarte a ti, no sé lo que hubiera hecho.

—¡Tienes unas ideas!

—¿Soy tonta, verdad? Tal vez Juan tenga razón.

—Basta ya. Calla. Acabaré llorando yo también.

—Mary.

—¿Qué?, dime.

—Escucha el ruido de las ruedas. ¿No te parece que van diciendo algo?

—A mí no me dicen nada.

—No te parece que dicen: regresa, regresa, regresa, regresa, regresa, regresa....

—Pues, ¿por qué no regresas junto a él?

—Porque no puedo, Mary. Después de todo tengo dignidad.

—Sí, ya lo comprendo. ¿No sería mejor que intentaras dormir un poco?

—Sí... nos veremos mañana.

—Si no puedes dormir, Peggy, mándame llamar. ¿Lo harás?

—Lo haré; gracias, Mary.

—Buenas noches.

Salió la desconsolada Peggy para dirigirse a su departamento.

y Mary la compadeció. Era muy joven aquella muchacha para encontrarse ya en tales apuros.

—Señora Haines, ¿podemos arreglar su cama? —preguntó la doncella.

—Sí, iré a tomar algo en el bar.

El tren para Reno era un verdadero tren de lujo que no carecía de nada. El bar estaba muy bien provisto y se podía pasar allí un buen rato. En aquel viaje no había mucha aglomeración. Una señora con un niño de unos seis años, una vieja presumida, teñida, pintada y cargada de joyas, una jovencita y Mary, que acababa de entrar.

—Mamá, ¿vendrá papá a Reno? —preguntaba el niño a su madre.

—No, mi vida.

—¿Dónde está papá?

—No lo sé ni me importa, y de hoy en adelante, cuando hables de él, di aquel bandido —dijo la madre levantándose para retirarse a dormir y ver de hacer callar al chiquillo.

Mary estaba sentada y no había pedido nada todavía. La jovencita permanecía quieta en un rincón. La vieja era la más animada.

—Chérie, ¿quiere tomar una copa de champaña? —preguntó a Mary.

—Tal vez, gracias —contestó Mary agradeciendo la invitación.

—Parece estar desolada, sentada allí solita.

—¡Ah, sí!

—Soy la condesa de Lave.

—Sí, ya he visto su fotografía en los periódicos.

—Y me parece que yo también he visto la suya.

—Soy la esposa de Stephan Haines.

—Sí, sí, sí, claro, las fotografías de los periódicos no le hacen justicia. Vamos a celebrarlo un poco... y usted también, hija mía —dijo la condesa dirigiéndose a la joven que permanecía silenciosa. Deje este rincón tan aburrido y venga a tomar unas copas.

—La muchacha abandonó su asiento y se acercó al bar. No aparentaba mucho más de veinte años, vestía bien y tenía un aire resuelto.

—Esta pequeña va también a su primer divorcio. A propósito, ¿cómo dijo que se llamaba, querida?

—Miriam Aarons.

—Esta es la señora Haines, ya sabe... la que arrancó la cabellera de la Añen en uno de los probadores de...

—¡Ah, sí! Bien hecho. Me figuré que era usted una mosca muerta; chóquela, hermana.

—¿Qué tal? —contestó Mary dando la mano a Miriam y sonriendo divertida.

—Animo, hijas —decía la condesa, situada entre las dos—; esperen a que hayan perdido tantos maridos como yo... casada, divorciada, casada, divorciada, ¡oh, l'amour, l'amour! Esto quiere decir amor en francés.

La condesa de Lave, o Flora para sus íntimos, era un tipo pintoresco. Frisaba ya los sesenta y todavía acudía a Reno pidiendo otro divorcio para contraer nuevas nupcias.

—Señora Aarons —preguntó la condesa a la joven—, trabajaba usted en el teatro o en el circo.

—Era corista —repuso Miriam.

—¡Oh! Tendrá que contarnos algo un día de éstos. Estoy segura de que ha hecho usted destrozos entre nuestros amigos de Nueva York.

—Si se refiere usted a brazaletes de brillantes y ramos de orquídeas, le diré que no he alcanzado esos tiempos.

—Yo tampoco saqué dinero de nadie, excepto de mi primer marido —explicó Flora. Se llamaba Straun y en su testamento decía cosas antiermecedoras. Recuerdo todavía sus palabras: «Dejo todos mis bienes a mi amada esposa Flora, que deberán ser administrados por los albaceas, porque es una manirrota.» ¿Tiene, verdad?

—Cualquier cuchara es buena, si coge caldo —contestó Miriam.

—Sí, es bien cierto, de ninguno de mis otros maridos he sa-

cado un centavo. El segundo, Gustav, por poco me despeña por un monte... entonces comprendí que ya no me quería. Me caí, pero fué en brazos de mi tercer marido, el conde.

—¿Ese es el pájaro de quien va a separarse ahora? —preguntó Miriam divertida con las aventuras de aquella extraordinaria vieja.

—Claro que sí! ¿Qué otra cosa podía hacer? Descubrí que ponía veneno en mis aspirinas.

—¡Veneno! —exclamó Mary asustada.

Las tres mal casadas se hicieron buenas amigas durante aquel viaje y también Peggy se unió con ellas a la mañana siguiente, un poco más reanimada. Llegaron a Reno y se instalaron en la pensión «El Rancho de la T Doble», administrado por Lucy, una mujer ruda, pero simpática, muy habituada a la presencia de esas damas que llegaban de todos los Estados en espera de la documentación que debía librarlas de sus tiranos maridos.

VIDA CAMPERA

El ambiente del «Rancho de la T Doble» y toda la campiña invitaba a dar paseos a caballo y a vestir rústicamente. Para las cuatro neoyorquinas que habitaban la pensión de Lucy, aquello representaba una especie de vacación inesperada. La distancia que las separaba de sus infames maridos hacía que no les vieran tan infames y cada mañana esperaban el correo con verdadero afán. No es que pensarán recibir carta del hombre que habían abandonado o que las había abandonado, pero era algo que llegaba de allí donde él se encontraba.

Peggy no podía olvidar a su Juan. Las otras tres lo pasaban mejor. Hacían largas excursiones y se distraían. La condesa Lave había descubierto a un «cow-boy» interesantísimo. Vestida a guisa del Oeste, con calzones y camisa a cuadros, montaba en un

buen caballo, Flora no dejaba en paz al vaquero, a quien divertían las excentricidades de aquella original dama.

—Peggy, ¿dónde está Mary? —preguntó la condesa a su regreso del paseo habitual.

—No tardará en aparecer por aquí, porque ya ha llegado el correo.

Peggy se mostró contrariada por la presencia de Flora. Tenía deseos de hablar con Mary a solas y no era posible con la condesa rondando por allí. Miriam apareció vistiendo unos «shorts» que le prestaban un aire muy deportivo.

—¡Hola, condesa! ¿Cómo va el ritmo de Reno?

—Maravilloso, galopo, galopo, galopo como una loca por el monte.

—¡Hola, rayito de sol! —dijo Miriam a Peggy.

—Hola —contestó Peggy, que no podía acostumbrarse a aquel ambiente.

—Vamos a beber algo —propuso la condesa.

—¿Es general la invitación? —preguntó Miriam.

—No faltaba más, como decimos aquí, por la libertad; pasado mañana estaré libre, libre como un pájaro, lejos de aquel moscardón francés de mi marido; pero, ¿adónde volaré?

—A los brazos de su «cow-boy» favorito —dijo Miriam.

—¡Miriam Aarons!

—Pero si está loco por usted, condesa; le gusta más que su caballo.

—Sí, Buck Winston es simpático. Es tan joven y fuerte... ¿Han observado su musculatura? ¡Musical, musical!

—¿No intentará usted decir que sus articulaciones chirrían? —dijo la patrona.

—Desde luego, rompería una nuez con las rodillas, si pudiera juntarlas —observó Miriam—. Oiga, condesa, ¿ese tío no habrá despertado honradas ilusiones en usted, supongo?

—Sí, pero yo soy distinta del resto de ustedes. Sigo creyendo en el amor, y aunque he pasado por tres divorcios, arriesgaré el cuarto.

—¿Va usted a arriesgarse? ¿Tal vez no debería preguntárselo?

—Me temo que no tendría éxito con Buck en Nueva York.

—¿Por qué no? Buck es guapo, cualquiera reconocerá esto. Si yo tuviera dinero lo haría contratar por la radio... Imagínese lo dulce que sería su voz ante el micrófono.

—Flotante, soñadora, en el éter. ¿Por qué no he de convertirle en estrella de la radio?

La condesa miró a la joven y de repente le hizo una pregunta.

—Miriam, ¿por qué no nos dice usted quién es el hombre en su vida? ¿Por qué no nos revela su secreto?

—¿Secreto? Ya se lo hubiera contado, condesa, pero descubrí que su mujer era amiga de la dulce Peggy y de Mary.

—¿Quién es?

—¿Ha oído hablar de Sylvia Fowler?

—Sí...

—Bien, pues es su marido, Howard Fowler.

En aquel momento apareció Mary, vestida también con calzones y camisa a cuadros. Peggy corrió hacia ella.

—Mary, ¿podría verte un momento a solas?

—Desde luego, déjame leer esta carta, que me parece es de Edith.

Se oyó ruido de ruedas y Lucy miró hacia el camino.

—Me figuro que llega una nueva pensionista. Acaba de llegar el tren de Nueva York —dijo la patrona.

Un carricoche estaba entrando en la finca. En él iba una mujer elegante, vestida todavía al uso y costumbre de Nueva York.

—¡Sylvia! —gritó Peggy.

—¡Sylvia Fowler! —exclamó Mary.

—Aquí me tenéis, chicas —contestó Sylvia saltando del coche.

—¿Tú también? —preguntó Mary.

—¿Por qué no has mandado un telegrama? —dijo Peggy.

—Mi abogado me ordenó que no escribiera a nadie. De todas maneras aquí estoy. ¿Otro miembro de la comunidad?

—Sí, la condesa de Lave —dijo Mary, presentándola—, la señora Howard Fowler.

—¿Cómo está usted?

—Bien, gracias.

—Le señora Miriam Aarons.

—¿Cómo está usted?

Terminadas las presentaciones, Sylvia tomó la palabra para contar su caso.

—Pues, Howard Fowler, al que confié mi vida, me ha echado fuera, me ha echado por culpa de algún trastito.

Miriam cambió una mirada con la condesa.

—Pero, Sylvia, no puede haberte echado; Howard no es así —dijo Peggy.

—¿Lo crees tú? Pues no le conoces. Aquel hombre es un demonio... un verdadero Borgia. No creerías las cosas que me ha hecho.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó Miriam.

—Pues con dulzura e inocencia entabló una discusión y yo le mandé a paseo. ¿Cómo iba a pensar yo que entablaría una separación por incompatibilidad de carácter? Todo estaba impresionado en discos y en un lenguaje muy mal sonante. Luego, con toda calma, me dijo que si no me marchaba a Rono se marcharía él. Divorciarse... y arruinar mi reputación.

—¡Oh, Sylvia! —suspiró Mary.

Un mensajero llegó a la puerta de la finca y entregó una carta a Lucy. Esta la cogió y, viendo a quien iba dirigida, la entregó a Sylvia.

—¡Oh! Una carta urgente por avión... Probablemente será una factura que me manda el bandido de Howard, o tal vez es de Carol Hammond... No será de Edith Potter diciendo que su última niña es una catástrofe; por lo visto se parecerá a su marido y tendrá pulmones de toro.

Sylvia se había puesto las gafas para leer la carta. Era un papel que contenía pocas letras. Sin darse cuenta saltó un recorte de periódico que fué recogido por Miriam. El papel decía así:

«Miriam Aarons, del «Vanities»,
acaba de ser retirada...»

A ver, señora Howard Fowler,
si acierta con quién va a casarse.»

—Aquí dentro iba un recorte —dijo Sylvia—. ¿dónde está?
Deme esto —gritó, al ver que lo tenía Miriam.

De repente, Sylvia recordó el nombre.

—¿No se llama usted Aarons?

—¿A usted qué le importa, señora Fowler?

—No se mueva de dónde está, Miriam Vanities.

—¿Por qué no han de dejar a la gente en paz, esos mal-
ditos diarios? —dijo Miriam.

—¡Ah, maldita! —gritó Sylvia, desesperada al ver que tenía
tan cerca a la causante de sus desdichas. ¿Lo sabías tú, Mary?

—No, pero de todas formas, tú ya no quieres a Howard
—repuso Mary.

—Esto no tiene nada que ver. ¿Cuánto dinero ha puesto a
su nombre? —preguntó indignada Sylvia.

—No he hecho más que hacer pagar a Howard por lo que le
interesaba. Usted le hace pagar por lo que ya no quiere.

—¡Cálllese, desvergonzada!

—Deje de insultarme, coqueta de Park Avenue... yo sé mu-
chas cosas de usted.

—No se atreva a pegarme, llevo gafas.

Miriam se las quitó de un golpe.

—Ya no las lleva —dijo, y sin más cumplidos se lanzó con-
tra ella con verdadero estilo pugilístico.

Se propinaron unos cuantos golpes y cuando las amigas lo-
graron separarlas, Sylvia quedó jadeante, pero no abatida. Los
«shorts» de Miriam dejaban ver un bonito y robusto musto.
Sylvia saltó hacia aquella pantorrilla, clavando allí sus dientes con
furor. Esta vez fué más difícil descompartirlas, pero al fin lo
lograron.

—Yodo, yodo —gritaba Miriam—, hay que evitar la hidrofobia.

Mary recogió a la herida, contra la voluntad de Sylvia, que

despotricó con ella, jurándole que habían reñido para siempre, y se dirigieron a la habitación para curarle el mordisco.

—Bonita pelea entre dos mujeres celosas —dijo Mary.

—Realmente —contestó Miriam— nos hemos portado como dos gatos.

Peggy las había seguido silenciosa.

—¿Querías hablar conmigo, Peggy?

—Sí, Mary... me parece que dentro de algunos meses me llegará un hijo.

—¡Oh, Peggy! ¡Qué suerte!

—Pero, ¿qué voy a hacer con él ahora?

—Avisa a Juan por teléfono.

—No, Mary, no puedo decírselo.

Mary no hizo ningún caso y pidió conferencia.

—¿Qué número tenéis en Nueva York?

—Eldorado, 53598.

Pocos minutos después sonaba el timbre. Mary cogió el aparato.

—¿El señor Day?

—Sí, al habla.

—Toma, Peggy, habla tú.

—Este hombre debe vivir en el teléfono —observó Miriam mientras se vendaba la pierna.

—Juan, Juan... no, no estoy enferma, pero, bueno, quiero decir que, oh, Juan... sí, sí, yo también te perdono; sí, sí, Juan, es que vamos a tener un hijo... Sí, sí, tomaré el primer tren. Adiós, amor mío.

—Peggy, cuánto me alegro —dijo Mary.

—Sí, voy corriendo a hacer el equipaje, no me esperes a cenar, y cuando llegue a Nueva York haré todo lo que quiera Juan.

—Muy bien, Peggy, muy bien.

El timbre del teléfono sonó nuevamente cuando en la habitación sólo quedaban Mary y Miriam. Esta cogió el aparato.

—Es para usted, Mary. Es el señor Haines.

—¡Stephan! Me gusta oír tu voz. No, no he visto los periódicos, ¿cómo iba a verlos aquí? Prefiero que me lo hayas co-

municado tú. Comprendo tu situación y espero que seáis muy felices. ¿Yo? No tengo ningún plan, ¿te importa que cuelgue el aparato? Adiós, Stephan; adiós.

Mary colgó el aparato y se desplomó en una butaca.

—¿Se ha casado con la Allen?

—Sí, esta misma tarde —dijo Mary rompiendo a llorar.

—No llore, Mary, no llore, no vale la pena.

LA EVOLUCIÓN DEL TIEMPO

Stephan Haines se había casado con Cristal Allen porque ésta, al verle libre, no le dejó escapar. De esto hacía ya un año y medio, y Stephan se había dado sobrada cuenta de quién era Cristal. Esta se pasaba largas horas en el baño para templar sus nervios, cada vez más excitados. Tanto era el rato que se pasaba en el baño, que incluso había hecho instalar un teléfono junto a la pila. Así se la encuentra a los dieciocho meses de ser la señora Haines. Elena, la camarera francesa, no puede con ella, y la pequeña Mary también ha tenido oportunidad de conocerla durante las temporadas que vive con su padre.

—El señor dice que no es bueno para usted permanecer tanto rato en remojo —le dijo un día la camarera.

—Ya sabe el señor que esto me lo ha mandado el doctor. ¿Qué quieres?

—El señor ha mandado decir que vaya a buscarlo y dejarán a la pequeña Mary en casa de su madre.

—Eso me faltaba —exclamó Cristal—; bueno, márchate, márchate.

Había sonado el timbre del teléfono. Cristal cogió el aparato ansiosa.

—¡Hola! Estoy como loca esperando tu llamada y no lo haces hasta ahora. Oye, no vuelvas a llamar hoy. Si tengo algo que decirte, llamaré yo. Es más seguro... sí, ya sé. Cuando hice ins-

calar este teléfono en el baño pensé que sería más reservado, pero la gente entra y sale de aquí como de una estación de metro. ¿Qué? Tal vez es una suerte que mañana te marches a la costa. Mira, esto se está poniendo demasiado peligroso...

Elena había dejado la puerta entreabierta y la pequeña Mary, sin mala intención alguna, escuchaba la original conversación telefónica de su madrastra.

—... Oye, he trabajado lo imposible para lograr arreglar esta comida y ahora lo echas todo a rodar. ¿Romanticismos? Mira, la tranquilidad vale más para mí que el romanticismo... No quiero moverme de donde estoy... ¿entiendes? Claro que te echaré de menos. Te echaré de menos más que nadie. Ya lo creo que nos divertiremos. Ya volveré a llamarte.

Cristal colgó el aparato con furia al descubrir a Mary en la puerta.

—¿Quién te ha dicho que entraras?

—Papá va a llevarme a casa de mamá y quiero darte las buenas noches.

—No te vayas, pequeña... ¿quieres alcanzarme la esponja?

—Toma, buenas noches.

—Qué prisa tienes para ir a contárselo a papá.

—¿Qué?

—Mi conversación por teléfono.

—Yo no comprendo a los mayores cuando hablan por teléfono, todos parecen tontos. Buenas noches.

—No te vayas, Mary. ¿Vas a decirme de una vez por qué no te gusto?

—Yo no he dicho que no me gustaras.

—Pero la verdad es que no te gusto.

—No, pero yo no lo he dicho. He sido muy correcta contigo, teniendo en cuenta que eres horrible.

—Esperana: que tu padre se entere de esto.

—Mi papá ya no te encuentra tan magnífica como antes.

—¿Te lo ha dicho él?

—No con palabras, pero yo lo he comprendido.

—Apostaría cualquier cosa que con tu madre hablas por los codos.

—No, nada de eso; mi obligación es tratar de que mamá sea feliz.

—Otra cosa —dijo la niña con toda malicia—. Este cuarto de baño es de lo más ridículo. Buenas noches, Cristal.

El hogar que había querido montar Cristal sobre las ruinas del que había dejado Mary se desmoronaba rápidamente.

La condesa Lave se había casado con el «cow-boy» que había conocido en Reno y como ninguna radio quisiera contratarlo, ella había adquirido una emisora con su propio dinero. Así fue fácil convertir a Buck Winston en estrella de la radio. Pronto se hizo famoso el joven marido de la anciana condesa y no fue extraño que Cristal Allen llegara a conocerlo. La amistad prosperó rápidamente, pero uno y otro estaban interesados en mantenerla secreta, porque no tenían independencia económica. Buck ganaba dinero en la emisora, si bien ignoraba que era la condesa la que lo pagaba todo.

Sylvia, que frecuentaba mucho a Cristal después de haber reñido con Mary a causa de la pelea con Miriam, sospechó del teléfono que aquella tenía instalado en el cuarto de baño y, con sus cualidades de perdiguero, no le fue difícil husmearlo todo, ganarse la confianza de Cristal, para luego contarle todo a Mary.

Miriam, Mary, la condesa, Sylvia y Cristal se encontraron en la casa de modas donde ya sostuvieron dos de ellas una batalla, y todo amenazaba nueva tormenta.

Sylvia sostuvo una discusión con Cristal.

—Te has ido de la lengua, rata indecente —dijo Cristal.

—No he dicho una sola palabra. Fue Mary quien lo suscitó.

—Y no me fue difícil —dijo Mary, acercándose a las dos que discutían.

—Maldita mujer, espere a que empiece a hablar de usted.

—No podrás decir nada —terció Sylvia—. Yo sabía que estabas perdiendo a Stephan, especie de... dependiente.

—Entre todas estáis tratando de destruir mi matrimonio, tí-

gresa, pero escucha bien, Mary Haines, no me alejaréis con los cuentos de Buck Winston. Necesitaréis pruebas y Stephan es un caballero.

—No son necesarias las pruebas fuera de Nueva York.

—Stephan está harto de ti, Cristal. En el fondo, lo sabes tan bien como yo.

—Sigue mi consejo —dijo Sylvia—, preocúpate de la renta.

—No voy a necesitar renta... Buck Winston gana lo suficiente.

Sylvia se echó a reír.

—¿No sabes que la condesa se lo paga todo?

Cristal se vió derrotada.

—Bueno, pues volveré al departamento de perfumería. A propósito, hay un nombre para las señoras como vosotras, pero no se emplea entre gente de alta sociedad... Adiós, señoras.

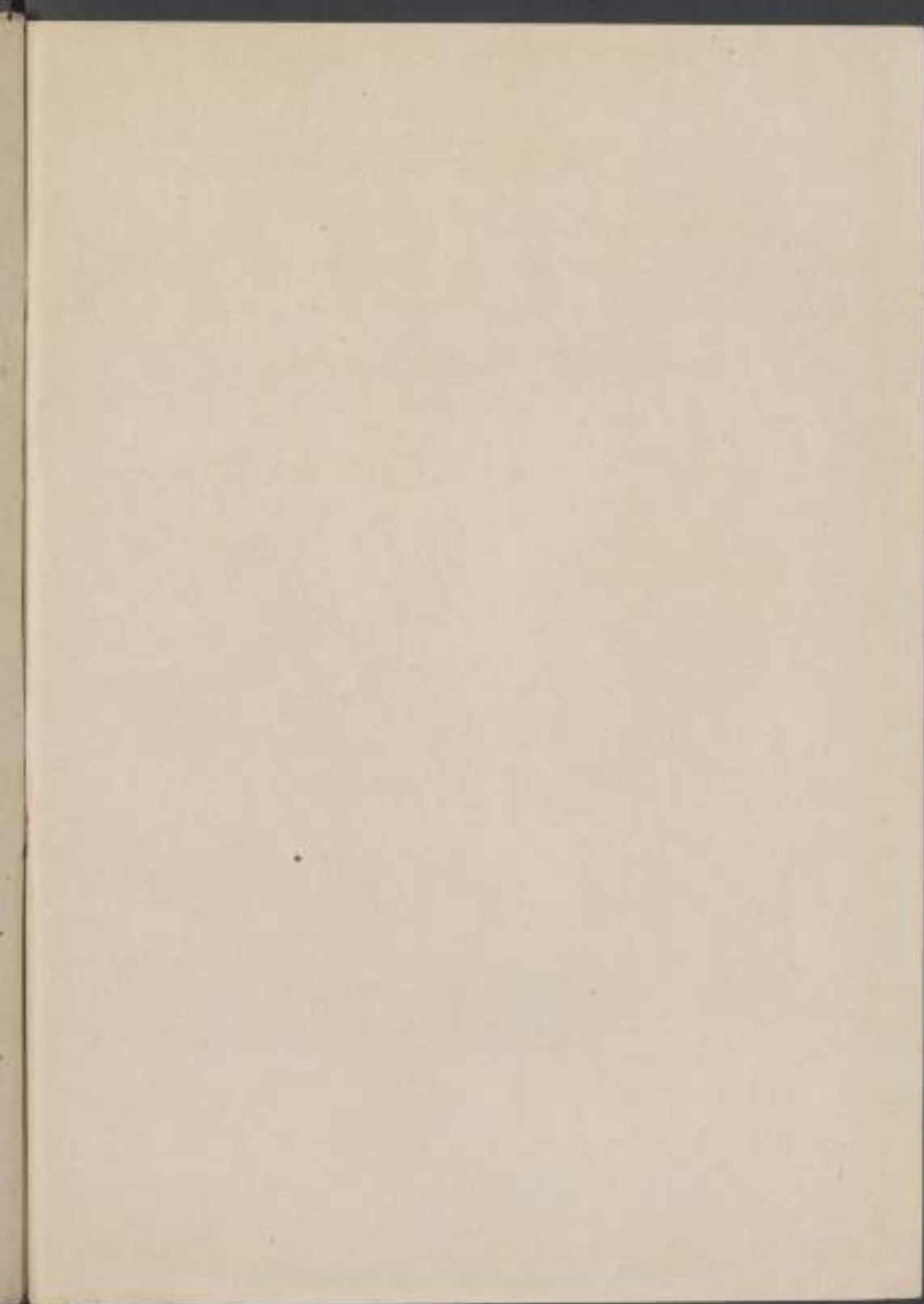
Peggy entró en aquel momento. Corrió hacia Mary.

He venido acompañada de Stephan Haines, que te espera ahí fuera, Mary. Quiere saber si deseas verle.

—Mary, ¿no tienes orgullo? —preguntó Sylvia.

—No tengo el menor orgullo. El orgullo es un lujo que no puede permitirse una mujer enamorada. Voy corriendo hacia él.

FIN



Leyendo siempre EL FOLLON
de risas darás un millón.

EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes: MUNTAÑOLA
MALLOL
MESTRES
JUAN DIEGO
CEDO

TÍTULOS:

Situación comprometida
Delicadeza impropia
"El Follón" estudiantil
"El Follón" del estraperlo

EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente
descacharrante y de fina ironía,
armará EL FOLLON padre

DOS pesetas

Si humor quieres tener
EL FOLLON debes leer.

4 ptas.